

BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

Colección dirigida por Pablo Costantini

52

Milcíades Peña

INDUSTRIALIZACION
Y CLASES SOCIALES
EN LA ARGENTINA

UNIVERSIDAD DE SAN ANDRES
BIBLIOTECA

861



HYSPAMERICA

HN
263
P46
1986

sn 17445

ADVERTENCIA

Los trabajos de Milcíades Peña que reúne este libro se publicaron originalmente en los números 1, 2, 3 y 4 de la revista *Fichas de Investigación Económica y Social*, entre abril y diciembre de 1964. En dicha oportunidad, los artículos aparecieron firmados con diversos seudónimos: "Crecimiento (1935-1946) y estancamiento (1947-1963) de la producción industrial argentina", "Energía, mecanización e ineficiencia de la industria argentina", "Industrialización, pseudoindustrialización y desarrollo combinado", "Imperialismo e industrialización de los países atrasados" y "Significación del capital internacional en la industria argentina: el capital norteamericano", con el de Víctor Testa; "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina", "¿Es Argentina la tierra prometida de la movilidad social en la industria?" y "El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina", con el de Gustavo Polit. "Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis" y "Una década decisiva en la formación de la moderna clase obrera argentina: 1935-1945" con el de Alfredo Parera Dennis. Cabe consignar, por último, que una primera versión de "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina" y de "Industrialización, pseudoindustrialización y desarrollo combinado" había aparecido en la revista *Estrategia*, en setiembre y diciembre de 1957, respectivamente.

© Derechohabientes de Milcíades Peña
© Por la presente edición:
Hyspamérica Ediciones Argentina, S.A., 1986
Corrientes 1437 - 5° piso - (1042) Buenos Aires,
TE: 46-6249/5197/4591

ISBN 950-614-486-9
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Distribución interior: HYSMA Distribuidora S.A.
Corrientes 1437 - 5° piso - (1042) Bs. As., TE: 46-4404/5704
Distribución capital: Distribuidora RUBBO S.R.L.
Garay 4224/26, Bs. As., TE: 923-4725/1709

Printed in Argentina

Impreso en Argentina

UNIVERSIDAD DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA

INDICE

Advertencia	7
Crecimiento (1935-1946) y estancamiento (1947-1963) de la producción industrial argentina	9
Energía, mecanización e ineficiencia en la industria argen- tina	45
Industrialización, seudoindustrialización y desarrollo com- binado	61
Imperialismo e industrialización de los países atrasados ...	95
Significación del capital internacional en la industria argen- tina: El capital norteamericano	107
Naturaleza de las relaciones entre las clases dominantes argentinas y las metrópolis	129
Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argen- tina	193
¿Es Argentina la tierra prometida de la movilidad social en la industria?	241
Una década decisiva en la formación de la moderna clase obrera argentina: 1935-1945	249
El legado del bonapartismo: conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina	291

Este libro se terminó de imprimir en el mes de octubre de 1986 en los
talleres gráficos de **COMPANIA IMPRESORA ARGENTINA S.A.**,
Alsina 2049, Buenos Aires, sobre papel Diario de Primera

CRECIMIENTO (1935-1946) Y ESTANCAMIENTO (1947-1963) DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL ARGENTINA

La carencia de información estadística dificulta el estudio de la industria argentina

El desarrollo industrial puede analizarse en base a diversos índices. Entre ellos figuran: el número de obreros ocupados, el valor de la producción y/o su volumen físico, la productividad de la mano de obra, y el consumo de energía. Este estudio se ha realizado con los índices de ocupación obrera y de producción (ver cuadros 1 y 2), que pueden obtenerse con relativa facilidad.

Respecto a la documentación disponible, cabe observar que desde 1914 hasta 1935 no se efectuó ningún censo industrial. A partir de 1935 y hasta 1954 la información fue actualizada cada dos años. Por último en 1957 se realizó una nueva encuesta industrial cuyos datos aún no se conocen.¹ De todos los censos publicados, el más completo es el del año 1935, que presenta todos sus datos clasificados por rama industrial. De ahí en adelante, la presentación de datos fue cada vez más escueta, llegando a un mínimo en el censo de 1954, que agrega a la pobreza de sus páginas el atraso de la información. Según la frase de un informe oficial, "tareas como las de compilación estadística, que son normales y elementales en cualquier Estado medianamente organizado, se convierten en nuestro país en tareas difíciles de cumplir y nunca es posible contar con estadísticas buenas, veraces y oportunas".² Por supuesto, la creciente pobreza de la información censal dificulta seriamente el estudio de la evolución industrial argentina. Pero esto no agota las dificultades: por una parte, se tropieza con el insoluble problema de las clasificaciones de la información, que difieren en cada censo. Y, además, la inflación ha trastocado de tal

Cuadro 1

NUMERO DE ESTABLECIMIENTOS Y NUMERO DE OBREROS
OCUPADOS EN LA INDUSTRIA

Año	Establecimientos		Obreros ocupados		
	Cantidad	Indice (1935 = 100)	Cantidad	Indice (1935 = 100)	Porcentaje de aumento
(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)
1935	39 063	100	440 582	100	
1937	47 831	123	548 927	122	75,4
1939	51 178	134	572 784	130	
1941	54 670	140	677 517	153	
1946	86 440	221	938 387	214	11,7
1948	81 937	209	917 265	208	
1950	83 370	213	923 824	210	
1954	151 828	388	1 055 496	239	-18,0
1958	—	—	1 074 600	244	
1960	—	—	950 600	216	
1962	—	—	883 100	200	

NOTA: En estas cifras no están consideradas las empresas del ramo "construcciones". Hasta 1954 el número de establecimientos y de obreros ha sido obtenido de los censos efectuados por la Dirección Nacional de Estadística y Censos. Desde 1958 hasta 1962 los obreros ocupados se han calculado sobre la base de los números índices que publica periódicamente la misma Dirección.

Este cuadro debe leerse así: En 1935 existían en la Argentina 39 063 establecimientos industriales que ocupaban 440 582 obreros. Considerando 100 esos valores, en el año 1954 eran respectivamente 388 y 239, habiendo aumentado el número de obreros ocupados 11,7% respecto a 1946. Etcétera.

modo el valor del peso que los datos relativos al valor de la producción pierden todo sentido en un análisis cronológico.

Para los fines de este estudio, los valores de producción indicados en los censos han sido convertidos a pesos de valor constante. Pero la presentación de los datos censales opone aquí otra valla. Los establecimientos industriales figuran agrupados en estratos conforme al monto en pesos de su producción; como los límites entre los estratos han sido modificados arbitrariamente por los editores de cada censo, sucede que al trabajar con pesos de valor constante, los estratos se entrecruzan de manera tal que

Cuadro 2

VALOR DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL

Año	Según datos censales				Según índices de volumen físico		
	Millones de pesos corrientes	Millones de dólares	Índice 1937: 100	Porcentaje de aumento	Millones de dólares	Índice 1937: 100	Porcentaje de aumento
(1)	(2)	(3)	(4)	(5)	(6)	(7)	(8)
1935	3 331	(a)	—		(b)	—	
1937	4 583	1 380	100	183	3 816	100	52
1939	4 850	1 320	95				
1941	5 877	1 700	123				
1946	15 640	3 920	283	48,4	5 865	152	17,1
1948	23 138	5 810	420				
1950	37 689	5 450	396				
1954	80 900	5 900	426		6 826	179	15,6
1958	(c)	—	—		7 924	207	

NOTA: Se trabaja con dos series distintas del valor de la producción por las razones expuestas en la nota 3. Los valores de la columna 3 se obtuvieron mediante la tabla de conversión a dólares constantes que da el libro de Fiat, Oficina de Estudios para la Colaboración Económica Internacional, La industrialización... cit.

Los valores de la columna 6 se obtuvieron del mismo libro, y corresponden a los precios de venta en fábrica.

(a) Para este año, no hay datos del valor del dólar.

(b) Para este año, no hay datos de producción.

(c) A partir del año 1954 no hay datos publicados.

Este cuadro debe leerse así: Adoptando los datos de los respectivos censos industriales, el valor de la producción industrial argentina pasó de 4583 millones de pesos en el año 1937 a 80 000 millones en 1954. Considerando las series por Fiat calculadas sobre la base del volumen físico, en esos mismos años la producción industrial fue de 3816 millones de dólares y 7924 respectivamente.

resulta imposible efectuar comparaciones, aun entre dos censos sucesivos.³

La expansión industrial, comenzada en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, se extingue después de 1946

La ocupación obrera aumenta 75,4% entre 1937 y 1946, crece sólo 11,7% entre 1946 y 1954, y disminuye 18% entre 1954 y 1962 (cuadro 1). Evidentemente, estas tres cifras señalan un ciclo en la industria: una primera etapa de vertiginosa expansión (1937-

1946); otra de relativo estancamiento (1946-1954), y una última de declinación (1954-1962).

Confirmando las tendencias señaladas por los datos de ocupación industrial, el valor de la producción aumentó 62% en el período 1937-1946, y 17% en los ocho años que transcurren entre 1946 y 1954.

Tomando valores absolutos se comprueba que desde 1935 hasta 1937 la ocupación obrera creció en 108 000 personas. En comparación, desde 1946 hasta 1954 los obreros ocupados aumentaron en 117 000. Estas cifras indican que en dos años, durante el gobierno "vacuno" de Justo, la industria absorbió tanta mano de obra como en ocho años durante el gobierno "industrialista" de Perón.

La magnitud de la desproporción observada en el crecimiento industrial en ambos períodos ha llevado a buscar otros valores que confirmen tales resultados. El volumen físico de la producción industrial⁴ fue, en números índices:

Año	Índice	Incremento (%)
1937	56,2	—
1946	86,3	53,7
1954	100,1	16,4

Según estos datos compilados durante el gobierno peronista, entre 1937 y 1946 hubo un aumento del volumen físico de la producción industrial *tres veces mayor* que en los ocho años siguientes.

Se puede cotejar también el aporte de la industria al producto bruto interno, cuyo monto, en dólares de valor constante fue:⁵

Año	Valor en mill. de dólares	Incremento (%)
1937	1462	—
1947	2589	77
1957	2922	13

Es decir que entre 1937 y 1947 se produjo un crecimiento seis veces mayor que en los diez años siguientes.

Se imponen dos conclusiones opuestas por completo a las ideas predominantes en diversos grupos intelectuales. La primera es que uno de los períodos de más fuerte ascenso de nuestra evolución industrial se produjo durante los gobiernos conservadores, a partir, aproximadamente, del año 1935. Este ascenso, que se inició con la recuperación industrial luego de la crisis, continuó con el surgimiento de nuevas industrias que producían para el mercado interno, amparadas por las trabas a la importación.

La segunda conclusión que se desprende es el estancamiento de la industria en la posguerra. ¿Qué el peronismo favoreció a los industriales? Habrá sido inflando el monto de sus ganancias. Pero la producción industrial permaneció rigurosamente detenida en su crecimiento. Evidentemente, quienes afirmaban durante años que "la década peronista vuelca hacia la industrialización todos los recursos del país", e insisten todavía sobre "la importancia histórica de la industrialización peronista",⁶ demuestran estar tan escasos de información como sobrados de irresponsabilidad intelectual.

El análisis por etapas de la evolución industrial argentina revela la falla básica de la industria local: su incapacidad para alcanzar un nivel de desarrollo autosostenido

a) Etapa 1935-1937

En 1935 los censos indican un fuerte impulso expansivo, probablemente iniciado en ese mismo año, que coincide con la relativa recuperación de los efectos de la crisis económica de 1929.

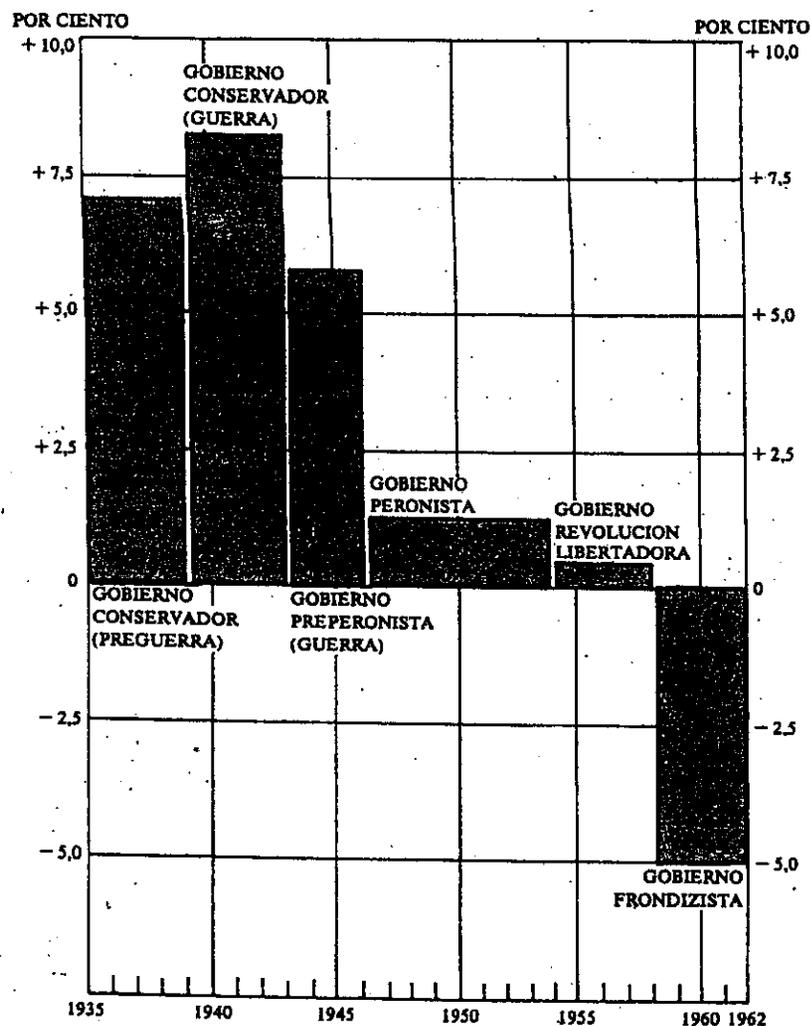
Analizando en el censo de 1935 el cuadro que presenta los establecimientos clasificados por fecha de fundación, se advierte que de cada 100 establecimientos existentes ese año 25,2 habían surgido durante el quinquenio 1931-1935; esos establecimientos ocupaban el 12,9% de los obreros y arrojaban el 8,7% de la producción. Por su parte, la estadística de 1937 indica que el 31,2% de los establecimientos existentes en ese entonces habían sido fundados en los años 1931-1937 y, ocupando el 19% de los obreros, aportaban el 13,8% de la producción.

Dividiendo esos porcentajes entre sí, se obtienen los siguientes números índices de "obreros por establecimiento" y de "producción por establecimiento".

Gráfico 1

PORCENTAJE ANUAL ACUMULATIVO DE CRECIMIENTO DE LA OCUPACION OBRERA (1935-1962)

Fuente: Cuadro 1.



El crecimiento industrial fue mayor bajo los gobiernos conservadores —llamados “antiindustrialistas”— que bajo el gobierno del general Perón —“industrialista”—. Bajo el gobierno del doctor Frondizi —“desarrollista”— la evolución industrial cambió de signo y se cerraron fábricas.

Periodo	Producción por establecimiento	Obreros por establecimiento
1931-1935	100	100
1931-1937	128	120

Llama la atención el sensible incremento en los promedios de producción y obreros por establecimiento. Como el período 1931-1937 contiene al 1931-1935, cabe suponer que entre 1935 y 1937 se fundaron grandes establecimientos cuyo aporte explica el crecimiento de los índices.

b) Etapa 1937-1939

Los cuadros 1 y 2 muestran que el ritmo de crecimiento disminuyó en esta etapa. La población obrera aumenta 6,55% y la producción 8% (considerando los valores más favorables).

Más aún, la cifra de obreros ocupados en 1937 debe ser abultada. En el censo de 1939 la Dirección Nacional de Estadística aclara que ha descubierto 8370 establecimientos con 47 000 obreros existentes ya en 1937 y que, por diversas causas, no figuraron en el censo de este último año. Este dato acentúa la importancia del crecimiento registrado en la etapa 1935-1937.

El total de obreros ocupados aumentó entre 1937 y 1939 en 24 000, es decir, en una cantidad menor que la descubierta sin censar en 1937, lo que hace suponer un descenso de la ocupación industrial en esos dos años. Precisamente, al comparar los valores de producción en pesos de valor constante, se encuentra que la misma ha disminuido.

c) Etapa 1939-1941

En estos años vuelve a observarse un crecimiento importante de la industria, originado por la situación creada con el estallido de la guerra. Los obreros ocupados aumentan en un 17,7% y la producción 13,9% (según la columna 7 del cuadro 2), y aun en 29,5% considerando los valores censales (columna 4 del cuadro 2).

Al igual que entre los años 1935 y 1937, se nota un fuerte aumento en el número de grandes establecimientos. Las cifras

siguientes muestran que, mientras entre 1937 y 1939 aparecen sólo dos establecimientos de más de 500 obreros, entre 1939 y 1941 surgen 27 establecimientos de esa dimensión. Análoga variación se observa con los obreros ocupados.

Año	Número de establecimientos	Obreros ocupados
1937	117	132 303
1939	119	136 165
1941	146	174 315

La estadística de 1941, que agrupa a los establecimientos según el monto de su producción, indica que en 1939 había 737 establecimientos produciendo más de un millón de pesos; este tipo de establecimiento aumentó hasta sumar 883 en 1941. Los obreros ocupados por el mismo grupo eran 227 000 en 1939, y 280 000 dos años después. Asimismo, de cada 100 pesos producidos por la industria, 63 eran arrojados por estos establecimientos en 1939, proporción que llegó a 64 pesos en 1941 (en este caso se trata de establecimientos de más de cinco obreros y se incluye a la construcción).

El bienio 1939-1941 se caracteriza por la tendencia hacia una mayor concentración industrial, producida por la fundación o crecimiento de apreciable número de grandes establecimientos.

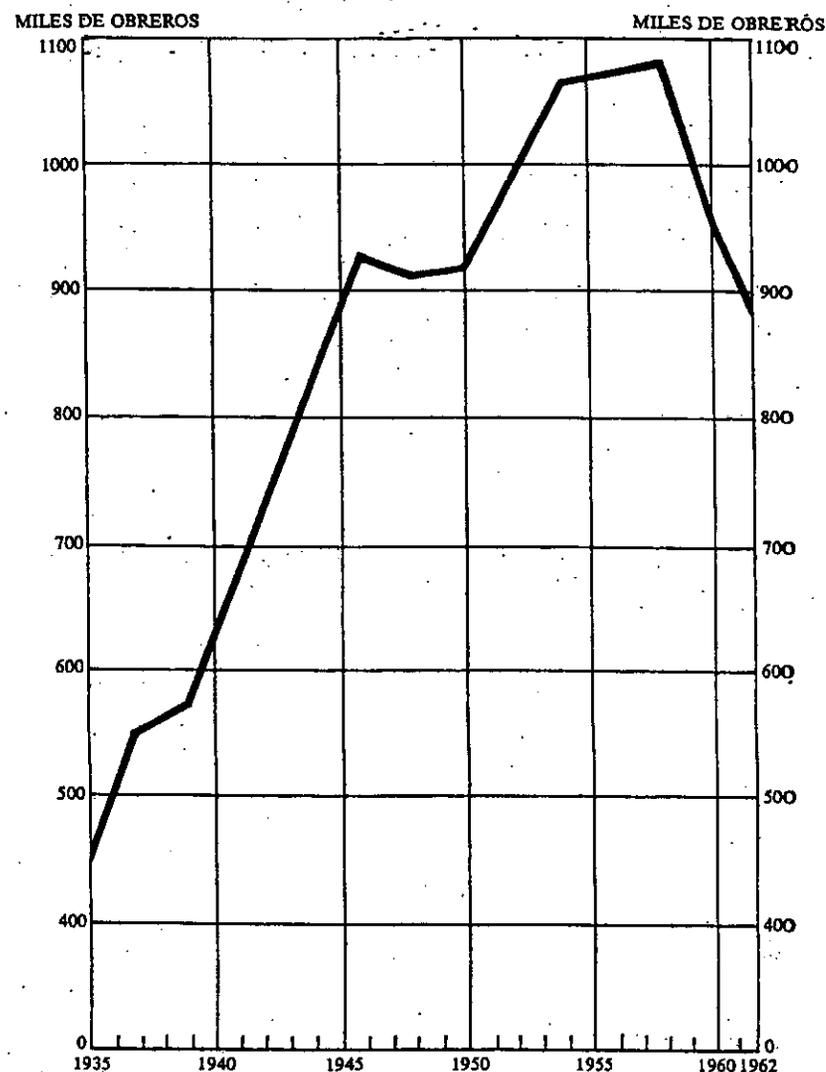
d) Etapa 1941-1946

Los cinco años de esta etapa abarcan la guerra y el primer año de posguerra. La ocupación obrera experimenta un fuerte incremento (40%) y el valor de la producción crece 34,5% (este valor corresponde a los datos de la columna 6 del cuadro 2, puesto que no se pueden comparar los datos censales de producción del año 1946 con los anteriores).⁷

Si bien el valor de la producción aumentó entre 1941 y 1946 un 5,5% anual acumulativo, es conveniente recordar que entre los años 1935 y 1937, la misma magnitud creció 9,5% anual acumulativo.

Gráfico 2
EVOLUCION DEL NUMERO DE OBREROS OCUPADOS EN LA INDUSTRIA ARGENTINA (1935-1962)

Fuente: Cuadro 1.



El crecimiento industrial —medido por la ocupación obrera— permanece estancado desde 1946.

e) Etapa 1946-1948

Como ya se ha visto, en estos dos años disminuye el número de obreros ocupados; las cifras de producción señalan un aumento de 17% (columna 6 del cuadro 2). Puede decirse que la industria mantiene las cifras de crecimiento, favorecida por el auge económico mundial de posguerra. El raquitismo estructural de ese crecimiento lo demostrarán los años siguientes con el estancamiento de la producción.

Por primera vez luego de muchos años, entre 1946 y 1948 se advierte un aumento en la productividad de la mano de obra. El crecimiento de la producción sin el correlativo aumento de los obreros ocupados fue un resultado de la renovación de maquinarias desgastadas durante los años de guerra. Pero esa renovación ni siquiera permitió llevar la productividad por obrero al valor que tenía en 1937. Recién en 1951 se volvieron a alcanzar los valores de productividad de la mano de obra observados en 1937.

f) Etapa 1948-1950

El comentario inserto en la Estadística de 1950 describe ajustadamente lo sucedido:

Los resultados del censo de 1950, cotejados con el precedente, efectuado en 1948, señalan aumentos de reducida importancia en la actividad industrial durante dicho bienio [...] En este lapso los establecimientos industriales aumentaron en 1,7% y los obreros empleados en 1,3%.

Confirmando esta aseveración, las cifras que figuran en el cuadro 2 indican que la producción total disminuyó.

g) Etapa 1950-1954

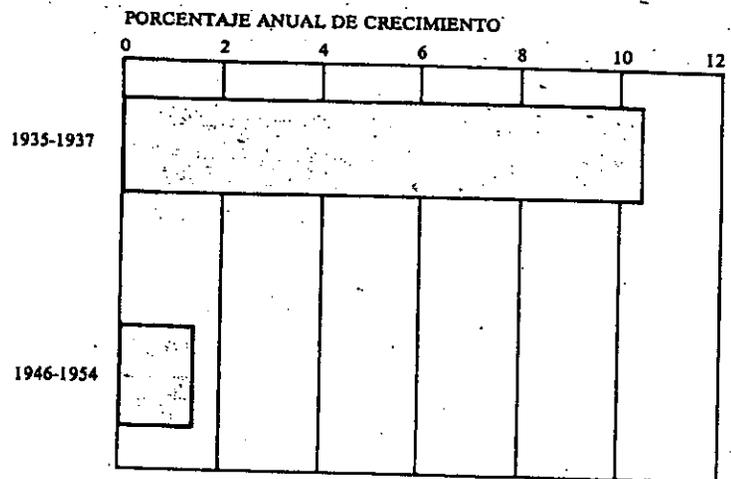
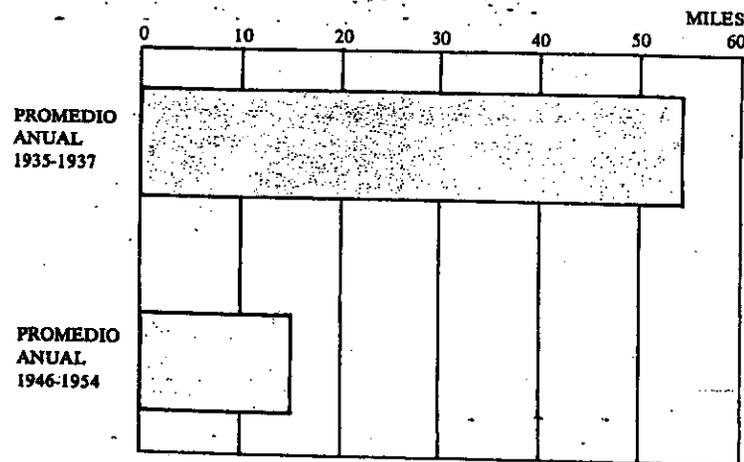
En estos cuatro años, mientras los establecimientos prácticamente se duplican, la ocupación obrera aumenta 13,8%, y la producción, considerando valores constantes, apenas llega a recuperar las magnitudes de 1948.

El surgimiento de gran número de talleres semiartesanales que no aportan prácticamente nada al producto industrial del país, es el fenómeno más importante que se observa en estos años. Al mismo

Gráfico 3

CRECIMIENTO COMPARATIVO DEL NUMERO DE OBREROS OCUPADOS EN LA INDUSTRIA, PERIODOS 1935-37 Y 1946-54

Fuente: Cuadro I.



Bajo el gobierno conservador del general Justo —llamado “de la oligarquía vacuna”— la ocupación industrial creció varias veces más que bajo el gobierno del general Perón —llamado “de la burguesía industrial”.

tiempo que los establecimientos industriales aumentan en 52 000, 63% más que los existentes en 1950, la producción industrial crece menos del 1% considerando los datos censales, y sólo 8% según las cifras más favorables.

Como es evidente, los viejos establecimientos pueden haber disminuido su producción (hecho que efectivamente ocurrió), y los nuevos compensaron esa reducción. Pero que los millares de nuevos establecimientos no hayan podido elevar las cifras de producción total ni el número de obreros ocupados, señala que el impulso de expansión industrial ha desaparecido.

El crecimiento de la industria argentina se produce sobre dos polos: por un lado, establecimientos gigantes que concentran la producción; por el otro, gran número de pequeños talleres con escasa productividad. Este fenómeno ya lo había observado Dorfman analizando las estadísticas industriales de 1935-1937; los datos actuales sólo confirman que se mantienen idénticas condiciones.

h) Etapa. 1954-1962

La carencia de estadísticas actuales oscurece los rasgos de este período. No es posible conocer el número de establecimientos ni el valor de la producción. En cambio, respecto a los obreros ocupados, la Dirección Nacional de Estadística publica periódicamente números índices. Estos valores, si bien se ajustan muy poco a la realidad pues no tienen en cuenta las nuevas industrias instaladas en el país, son suficientemente significativos para el propósito de comparar las cifras globales de ocupación industrial.

Los obreros ocupados se mantienen en número aproximadamente constante hasta 1958, cayendo continuamente desde entonces. En 1962 la industria ocupa un número de obreros similar al que empleaba en 1945. Debe tenerse en cuenta que el índice presenta el promedio de ocupación en el año 1962. La ocupación en diciembre de 1962 es un valor mucho menor que no se ha colocado porque suma los efectos de una crisis coyuntural a la declinación crónica de la industria argentina.

El valor de la producción ha crecido 15% entre 1954 y 1958, según el único dato que se posee. El índice de volumen físico de la producción industrial señala, en cambio, un aumento total de sólo 10% en los ocho años transcurridos entre 1954 y 1962, porcentaje

en el cual influyen los aumentos producidos luego de 1958 en la producción petrolífera y de gas.

Como puede observarse, el crecimiento industrial argentino ha seguido un proceso cíclico cuya rama ascendente termina en 1948. La sucesión de fases de expansión por otras de estancamiento y aun de declinación señala los límites de ese crecimiento que no logra alcanzar un nivel de desarrollo autosostenido.

i) Comparación entre 1947 y 1960

La industria argentina no sólo ha detenido su crecimiento sino que ha comenzado a pesar negativamente en la productividad nacional.

Es posible definir la producción per cápita de la industria y de las actividades agropecuarias utilizando las cifras de población activa que ofrecen los censos nacionales de 1947 y 1960 y las estimaciones del producto bruto, realizadas por el Banco Central.

Actividad	Población activa (miles)		Producto (millones de pesos 1950)	
	1947	1960	1947	1960
Industrial	1655	1460	11 011	12 400
Agropecuaria	1423	1915	13 600	15 344

Con estas cifras puede definirse la producción por persona activa en cada sector y año. Su variación define la variación de la productividad del sector.

Actividad	Producción por persona activa (pesos de 1950)	
	1947	1960
Agropecuaria	6650	8460
Industrial	9580	8013

Mientras la absorción de personas por la industria provoca un descenso del producto por cabeza, la disminución de personas

activas en las tareas agropecuarias genera un aumento de la producción per cápita que lleva esta cifra a un valor superior que el correspondiente a la industria.

No debe asombrar este resultado. La industria no sólo padece de maquinaria vieja, mala organización y técnicas inadecuadas; sufre también la pesada carga de la burocracia. Solamente la mitad de la población activa ocupada en la industria en 1960 eran obreros industriales. El resto (empleados, capataces, directivos) sumaba casi un millón de personas, cantidad equivalente a toda la burocracia estatal, tan criticada por su peso improductivo. La comparación de las personas activas en la industria en ambos censos señala que las 500 000 personas que absorbió la industria entre 1947 y 1960 fueron a parar a la burocracia industrial, contrapesando todo desarrollo de la productividad.

En un estudio realizado por la Unión Industrial Argentina (UIA) se persiste en computar el cociente entre el aporte de cada sector al producto bruto y la población total del país,⁸ tomando esos valores como índice de desarrollo económico. La distinta forma de cálculo en este trabajo esconde una diferencia conceptual. El cociente entre producto de un sector y toda la población expresa la disponibilidad de bienes de ese origen por habitante; en cambio la relación entre producto y persona activa expresa la *productividad* del sector. Los promedios tal como fueron presentados en este trabajo fueron realizados en su oportunidad por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL),⁹ pero este organismo, al utilizar estimaciones groseras de la población activa, ofrece cifras muy poco ajustadas a la realidad, que idealizan la productividad industrial.

Visto el problema de la baja productividad industrial, queda por analizar qué ha pasado con la producción agropecuaria. Las cifras señalan un impresionante incremento del producto por cabeza en el campo argentino, aumento que no parece ajustarse a la realidad. Según un estudio de los problemas agropecuarios, la República Argentina es uno de los países "que menos aumento de productividad agraria acusa" en el período 1935-1956.¹⁰ El estudio no menciona la fuente de datos, pero como está realizado antes que se dieran a publicidad las cifras del censo de población de 1960, debe hallarse influenciado por las altas estimaciones de población activa en tareas agropecuarias que se realizaron en esos años. (La CEPAL, por ejemplo, supone para 1955 una población activa en las tareas agropecuarias de 1 916 000 personas, que aumentaría a

2 120 000 en 1967. Las cifras censales, en cambio, fijan en 1 460 000 la población agropecuaria activa en 1960.¹¹)

Uno de los factores que pueden haber influido en el aumento del producto agropecuario por persona ocupada en ese sector es la mecanización agraria (la existencia de tractores se ha duplicado entre 1947 y 1960¹²). (Si bien el tema escapa al alcance de este trabajo, es probable que un análisis a fondo de la producción agropecuaria señale que la mecanización se realiza con los mismos defectos que la industrial, especialmente con un gran desaprovechamiento de la maquinaria. Un estudio realizado por el Departamento de Estudios Económicos de la compañía Shell señalaba cómo, a pesar de que la potencia de los tractores existentes en el país en 1960 ascendía a una suma equivalente a la potencia eléctrica total instalada, el uso del tractor "no está convenientemente difundido, no sólo en lo fundamental, sino tampoco aplicado a tareas afines, como las de riego, transporte y generación de electricidad, destacable en otros países".¹³)

La distribución por ramas de la industria argentina revela su debilidad. La mitad de la producción industrial argentina consiste todavía en alimentos y textiles

Existen dos factores particularmente importantes para determinar el nivel alcanzado por la evolución industrial de un país: la participación de los distintos sectores en la producción total, y el aporte que brinda cada sector al desarrollo de los otros en forma de materias semielaboradas y de maquinarias. En general, el proceso de industrialización en los países actualmente avanzados se inició en la industria textil; se propagó luego a otras también destinadas al consumo, y prosiguió con las mecánicas, hasta culminar con la industria pesada —maquinaria, siderúrgica, química—, es decir en la industria que produce para la industria.

Estos procesos no transcurren en tiempos sucesivos sino que se superponen y entrecruzan quedando condicionado el desarrollo de las industrias de consumo al fuerte crecimiento de aquellas que las proveen de equipos y bienes semiterminados. El desarrollo industrial se produce, entonces, como una interacción entre las distintas ramas de la industria.

La integración y colaboración entre las distintas ramas es la condición que define un auténtico desarrollo industrial. Por esta

Cuadro 3

PARTICIPACION DE CADA RAMA EN LA PRODUCCION TOTAL
Y EN EL TOTAL DE OBREROS OCUPADOS
(Las cifras indican %)

Rama	Producción			Obreros		
	1937	1946	1954	1937	1946	1954
1. Alimentos, Bebidas y Tabaco ¹	39,1	32,0	29,2	22,9	21,2	18,2
2. Textiles y Confecciones ¹	14,9	19,2	18,7	17,4	17,9	18,4
3. Imprenta.....	3,9	2,8	2,2	4,5	3,7	2,4
4. Madera.....	3,1	4,7	4,0	7,1	10,4	9,1
5. Papel y Cartón.....	1,1	1,9	2,0	1,7	1,9	1,7
6. Química.....	4,0	6,8	6,7	3,1	4,0	4,2
7. Petróleo y Carbón.....	3,7	3,0	3,8	0,7	0,5	0,6
8. Caucho.....	0,9	0,8	1,2	1,0	0,8	1,3
9. Cuero.....	3,0	4,9	3,1	3,6	4,9	3,4
10. Piedras, Vidrios y Cerámica.....	2,4	3,4	3,6	4,3	6,3	6,0
11. Electricidad y Gas.....	4,9	3,7	2,1	2,2	1,6	1,5
12. Metales.....	6,4	6,9	8,6	9,2	9,7	10,7
13. Extractivas.....	1,4	1,7	1,7	2,6	2,6	2,9
14. Vehículos y Maquinaria (inclusive maquinaria eléctrica) ¹	8,1	6,4	11,4	11,2	11,2	17,0
15. Varios.....	3,1	1,8	1,7	8,5	3,3	2,6
Total.....	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

NOTA: En algunos censos se efectuaron reagrupamientos de ciertos establecimientos, poniéndolos en una u otra rama; pero estos cambios carecen de significación.

(1) Estas ramas figuran separadas en el censo de 1954. Se las ha agrupado para facilitar la comparación con los censos anteriores.

Este cuadro debe leerse así: En 1937, la rama de Alimentos, Bebidas y Tabaco aportaba 39,1 de cada 100 pesos producidos por toda la industria, y empleaba 22,9 de cada 100 obreros. En 1954, la misma rama aportaba 29,2 de cada 100 pesos y ocupaba 18,2 de cada 100 obreros. Etcétera.

razón, para afirmar que un país está en proceso de industrialización, es necesario comprobar, entre otros datos económicos e institucionales, si las nuevas industrias son capaces de favorecer el desarrollo de las demás. En la Unión Soviética, por ejemplo, la industria pesada creció desproporcionadamente respecto a la

liviana; esa desproporción, sin embargo, sentó las bases técnicas para un crecimiento acelerado de las industrias de consumo.¹⁴

En Argentina, en cambio, la industria ha aumentado la dependencia respecto del exterior, porque necesita importar permanentemente maquinarias y bienes semiterminados. Por otra parte, la escasa dimensión del mercado interno impide sustituir económicamente esos bienes mediante la producción nacional.

La industria argentina, en particular, ha tenido un crecimiento inarmónico, originado unas veces por exigencias del mercado mundial y otras por la necesidad de sustituir importaciones de bienes de consumo. Esta sustitución de importaciones se produjo, generalmente, en las últimas etapas de la elaboración, es decir, se ha creado una industria que, partiendo de elementos importados de manufactura compleja, los termina o arma para su venta al consumidor.

Los diversos censos industriales permiten apreciar algunos aspectos de ese proceso de surgimiento de diversas ramas productivas. En el cuadro 3 se registra la participación de cada rama en el total de la producción y de obreros ocupados, en los años 1937, 1946 y 1954. Este cuadro está independizado tanto del distinto valor de la producción como del aumento de la ocupación obrera entre los años considerados. Resulta evidente que un porcentaje igual de participación en el total en los distintos años significa que la rama considerada creció en igual proporción que el resto de la industria. Asimismo, porcentajes mayores o menores de participación indican que la industria considerada creció más o menos que el total.¹⁵

Por cada 100 pesos de producción industrial obtenidos en 1937, 54 pesos eran aportados por sólo dos ramas (Alimentos, Bebidas y Tabaco y Textiles y Confecciones); y esa participación sólo se reduce en 1954 a 47,9 pesos cada 100 durante los 17 años transcurridos. Estas dos industrias de consumo mantienen, en conjunto, una participación igual a la mitad de la producción industrial argentina, en los 17 años considerados.

La debilidad de la industria argentina queda evidenciada en el escaso desarrollo de tres sectores claves: Petróleo y Carbón, que se mantienen estancados en todo el período 1937-1954; Extractivas, cuyo aporte a la producción pasa de 1,4% a 1,7% y Electricidad y Gas, que disminuye su participación a la mitad de la registrada en 1937.¹⁶

La industria química (que produce para el consumo casi en su

Cuadro 4

Fábricas de	EE.UU. ¹	Habitantes por fábrica (millones)	Argentina	Habitantes por fábrica (millones)
Cemento.....	175	1,0	15 ²	1,3
Cocinas.....	69	2,6	250 ⁴	0,08
Heladeras.....	26	6,9	10	0,5
Lavarropas.....	39	4,6	25 ³	0,8
Máquinas de coser.....	85	2,1	11 ⁴	1,8
Maquinaria.....	29 741	0,006	250 ²	0,08

¹ *Industrial Marketing*, 15 de mayo, 1963.

² Encuesta Industrial 1957, en Boletín de Estadística, abril-junio, 1963 (Establecimientos con más de diez obreros).

³ Agencias Asociadas Latinoamericanas, *The Home Appliance Industry in Latin America*. Este folleto solo se refiere a fábricas completamente integradas, en realidad hay muchas más que realizan trabajos parciales.

⁴ Fiat, *La industrialización...*, cit.

totalidad) aumenta en forma notable su participación entre 1937 y 1946, para quedar estancada desde entonces.

En cuanto a la rama que produce Maquinaria, Vehículos y Aparatos Eléctricos, si bien se aprecia un aumento, su participación en el total, en 1954, llega apenas al 11,4%; porcentaje éste que incluye gran cantidad de artefactos para uso doméstico.

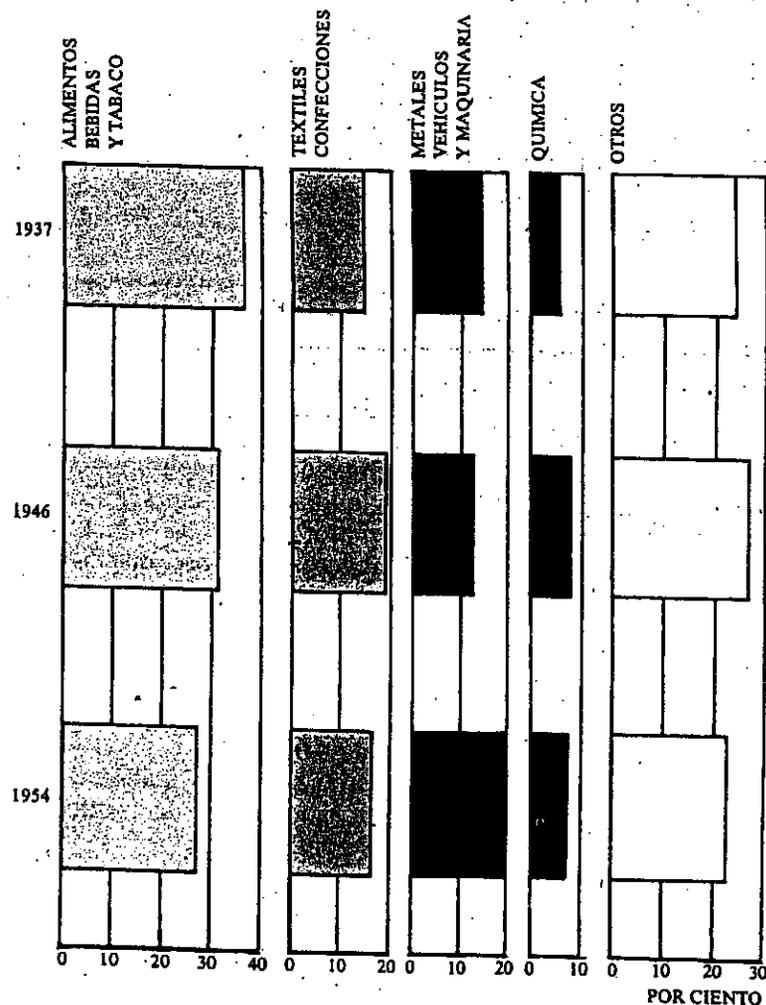
Metales, Vehículos y Maquinaria, dos ramas fundamentales en la industria moderna, tienen menor participación en la producción argentina que en el total de obreros ocupados; resultado debido a la escasa mecanización de estos grupos, causada especialmente por la abundancia de talleres de baja productividad.

Es revelador el cotejo entre el número de establecimientos existentes en algunas ramas industriales de Argentina y Estados Unidos. El número de establecimientos existentes en Estados Unidos se halla, con respecto al número de establecimientos en la Argentina, en proporción de 12 a 1 para la industria del cemento y de 120 a 1 en las fábricas de máquinas-herramientas. En cambio, la proporción se invierte en las fábricas de cocinas (1 a 4) y es muy semejante en el ramo de heladeras y lavarropas.

Gráfico 4

EVOLUCION DE LA PARTICIPACION DE DIVERSAS RAMAS EN EL TOTAL DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL 1937-1946-1954

Fuente: Cuadro 3.



El permanente predominio de Alimentos, Bebidas y Tabaco en el total de la producción revela el estancamiento de la industria argentina en un nivel primario de evolución.

Comparando respecto a la población de cada país se encuentra que en Estados Unidos hay una fábrica de cocinas cada 2 600 000 personas y en Argentina una cada 80 000. En lavarropas hay una cada 4 660 000 habitantes en Estados Unidos y una cada 80 000 en Argentina. Es evidente que las fábricas de artículos para el hogar son —en proporción a la población y en algunos casos en números absolutos— más numerosas en Argentina que en Estados Unidos, situación derivada del reducido tamaño de los establecimientos argentinos. Por otra parte, esta situación paradójica testifica una vez más la desafortunada propensión de la industria metalúrgica argentina a producir bienes de consumo durables, no maquinaria.

Resumiendo el cuadro 3, se observa que nuestras industrias básicas todavía están en proyecto. El crecimiento industrial se ha producido en dirección a las industrias de consumo que sustituyen productos importados sin un desarrollo paralelo de la producción de maquinaria, o de piezas con elevadas exigencias tecnológicas. El verdadero desarrollo industrial argentino no ha salido aún del papel.

El incremento en la importación de maquinaria a partir de 1959 (especialmente repuestos y máquinas para renovar ciertos procesos de producción) ilustra a las claras la amplia necesidad de equipamiento de la industria, necesidad "que no está con mucho satisfecha", según un informe oficial ampliamente difundido.¹⁷

La magnitud de la maquinaria importada no es en sí misma una medida de desarrollo. Lo que define las ventajas de la maquinaria importada es su contribución al crecimiento de la productividad industrial. Por ejemplo, la existencia de algunas fábricas bien equipadas, que trabajan juntamente con cientos de talleres semiar-tesanales, puede significar tan sólo que los dueños de las primeras obtendrán superganancias, puesto que el precio lo fija el productor más ineficiente.

Otro factor que debe considerarse es la eficiencia de la maquinaria importada. Como afirma un observador, respecto de las importaciones de estos últimos años,

en más de una oportunidad las radicaciones no se hacen con equipos que representan la última palabra de la técnica, sino con plantas que en su país de origen se consideran obsoletas y están descartadas por la aguda competencia.¹⁸

También sería necesario determinar a qué sectores se dirige la mano de obra desplazada por los nuevos equipos. Si ésta encuentra

ocupación en sectores de menor productividad (o si permanece desocupada como ocurre en estos momentos), la influencia de la maquinaria importada en la productividad nacional puede llegar a ser negativa por esa sola razón.

Dos paralelas del crecimiento industrial argentino: productividad baja y costos altos

Para comparar la productividad de la industria local con la extranjera, nada mejor que citar a los propios industriales argentinos. En 1949, decían:

La industria metalúrgica argentina subsiste como resultado de un absurdo —la falta de divisas— que aunque nos oprime a través de la escasez y de los altos precios de las materias primas, nos salva, al mismo tiempo, impidiendo nuestra extinción por la competencia extranjera.¹⁹

Catorce años después, en 1963, la industria argentina exporta algunos productos, pero sus costos no han cambiado en sentido favorable. En efecto, el máximo que podrá exportar la industria argentina en 1963 alcanzaría a 100 millones de dólares.²⁰ Comparado con los 8000 millones a que equivale la producción total de la industria, aquella cifra representa el 1%. Si se acepta, en vía de hipótesis, que toda la exportación industrial se vende en condiciones de libre competencia internacional en precio y calidad; y si se supone, siempre en vía de hipótesis, que una parte sustancial de la producción de las fábricas exportadoras se vende en el mercado interno a igual precio que en el exterior, todavía así subsiste el hecho de que la casi totalidad de la industria argentina sobrevive al amparo de la muralla aduanera.

El promedio ponderado de incidencia teórica de derechos aduaneros y otros gravámenes de efectos equivalentes sobre el valor CVF de las importaciones es, en la Argentina, de 52,8%, en el Mercado Común Europeo de 7%, en Estados Unidos de 5,2%, y en España e Italia de 24%.²¹

O sea que en 1963 la altura del muro proteccionista argentino duplica la de una nación atrasada como España, y es siete veces mayor que la del Mercado Común Europeo. Y a ello debería sumársele todavía la protección adicional que implica para la industria argentina el alto costo del flete desde los centros de producción europeos o norteamericanos.

El señor Torcuato Di Tella piensa que la industria argentina amparada por el peronismo, se "consolidó" y "se fue tornando menos 'artificial' y más capaz de resistir una política de protección discriminada".²² Pero los hechos entonan una música absolutamente distinta: en 1963 la industria argentina depende de la protección aduanera aún más que en 1949.

Otro miembro de la familia Di Tella pretende justificar la poca eficiencia de la industria argentina en términos de las superganancias que obtiene la burguesía industrial. A tal fin, el señor Guido Di Tella expresa que cuando se cotejan los precios internacionales con los altos costos de la industria local, se debe descontar a los últimos las ganancias extras de que goza la industria gracias a su posición monopólica. Justifica tal afirmación agregando que "si los precios mayores no se deben a costos mayores sino a la existencia de ganancias monopólicas, éstas acrecen al país".²³

Con este hallazgo magistral quedan simultáneamente justificadas la ineficiencia de la industria en los países atrasados y las superganancias de las burguesías atrasadas. Pero se trata de la lógica del ladrón que refugiándose en la iglesia intenta salvar a la vez su alma y su botín.

En verdad, las superganancias monopólicas de la burguesía industrial no "acrecen" al país, excepto que se entienda por tal a la familia Di Tella, su *holding* y su Fundación. Esa masa de beneficio extra mantiene y recrea en nuevas formas el atraso del país al ser invertido por la burguesía industrial en:

- a) La compra de artículos suntuarios (que originan cuantiosas pérdidas de divisas para el país);
- b) la compra de grandes extensiones de campo (que mantiene y acrecienta el latifundio);
- c) la instalación de nuevas industrias ineficientes (que impiden elevar la productividad nacional);
- d) las inversiones especulativas facilitadas por la inflación crónica;
- e) la inversión en Nueva York o Suiza de grandes masas de dinero que le dan garantías ante los efectos de posibles revoluciones, devaluaciones, etcétera.

Cuadro 5

ESTABLECIMIENTOS CON MAS DE DIEZ OBREROS CLASIFICADOS SEGUN NUMERO DE OBREROS OCUPADOS

Escala de ocupación	Año 1937		Año 1946		Año 1954	
	Número de obreros	Porcentaje	Número de obreros	Porcentaje	Número de obreros	Porcentaje
10 a 25	3 658	53,9	7 153	55,6	8 097	57,6
26 a 50	1 524	22,2	2 847	22,2	3 010	21,4
51 a 100	813	11,9	1 548	12,0	1 530	10,9
101 a 500	708	10,4	1 154	8,9	1 199	8,5
501 a 1 000	65	1,0	110	0,8	146	1,0
Más de 1 000	43	0,6	64	0,5	88	0,6
Total	6 811	100,0	12 876	100,0	14 070	100,0
Índice	100		190		207	
Porcentaje del total de establecimientos censados	14,5		14,9		9,3	

Este cuadro debe leerse así: En 1937 existían 3658 establecimientos que ocupaban entre 10 y 25 obreros. Estos establecimientos significaban el 53,9% de los 6811 establecimientos que entonces ocupaban más de diez obreros. A su vez estos establecimientos que ocupaban más de diez obreros significaban el 14,5% del total de establecimientos industriales. Etcétera.

Es falsa la difundida afirmación según la cual los grandes industriales argentinos son ex pequeños talleristas enriquecidos

Para apreciar la verdadera dimensión de la industria argentina es necesario previamente separar de la información censal los establecimientos que trabajan en forma semiartesanal, así como aquellos que no forman parte de la industria fabril (típicamente los talleres de reparación de automóviles).

A partir de 1941, la Dirección Nacional de Estadística eliminó del relevamiento a los establecimientos de menos de cinco obreros debido a la dificultad para obtener de ellos datos fidedignos. Tuvo en cuenta además que, siendo esos talleres el 63% de los establecimientos, aportaban sólo el 7% de la producción.

Cuadro 6

OBREROS OCUPADOS EN LOS ESTABLECIMIENTOS DE MAS DE 10 OBREROS

Escala de ocupación	Año 1937		Año 1946		Año 1954	
	Número de obreros	Porcentaje	Número de obreros	Porcentaje	Número de obreros	Porcentaje
10 a 25	58 226	13,6	116 190	15,1	129 713	15,3
26 a 50	54 238	12,6	101 812	13,2	106 520	12,5
51 a 100	57 002	13,6	111 159	14,7	107 768	12,7
101 a 500	137 109	31,7	229 126	29,6	236 738	27,7
501 a 1 000	44 483	10,3	76 622	9,9	102 634	12,3
Más de 1 000	78 485	18,2	135 632	17,5	165 731	19,5
Total	430 143	100,0	770 541	100,0	849 104	100,0
Índice	100		180		197	
Porcentaje del total de obreros censados	82,0		82,5		80,7	

Este cuadro debe leerse así: En 1937 existían 58 226 obreros ocupados en establecimientos que ocupaban más de diez obreros. Esos 58 226 obreros significaban el 13,6% de los 430 143 obreros ocupados en establecimientos con más de diez obreros. A su vez, estos 430 143 obreros significaban el 82% del total de obreros industriales. Etcétera.

También en este trabajo se opta por prescindir de los pequeños talleres y se trabaja sólo con los establecimientos de más de diez obreros. Esta decisión implica descontar el 90% de los establecimientos y un 20% de los obreros, para quedar así con lo que propiamente puede llamarse la industria fabril argentina.

A decir verdad, muchos establecimientos de más de diez obreros no tienen maquinarias adecuadas, carecen de la más mínima organización de la producción y su productividad está muy por debajo del promedio. Sólo un estudio más a fondo permitiría aseverar hasta qué punto esos establecimientos no son otra cosa que grandes talleres artesanales. Un informe técnico responsable afirma que

la reticencia para modernizar continuamente las técnicas y aplicar las normas más avanzadas de racionalización, tanto administrativas como de producción, se traduce en métodos fabriles atrasados y aun en el mantenimiento permanente de

una capacidad de producción ociosa. En años recientes, en que la producción tenía demanda amplia, técnicos especializados han calculado en un 35% a esa capacidad ociosa en la industria manufacturera.²⁴

Los cuadros 5 y 6 presentan a los establecimientos de más de diez obreros clasificados por cantidad de obreros ocupados. Entre 1937 y 1954 se advierte una pequeña disminución en el promedio de obreros por establecimiento (de 63 a 60,5). Dentro de las mismas fechas, los trabajadores ocupados en establecimientos de más de 500 obreros aumentan desde el 28,5% del total (en 1937) hasta el 31,8% (en 1954). Así avanza el proceso de concentración industrial.

Poco más de 200 establecimientos, que representan el 1,6% del total, ocupan 31,8% de los obreros. Puesto que su productividad es mucho mayor que el promedio, este grupo tiene una participación aún mayor en la producción total. Lamentablemente, la clasificación censal no permite obtener este último dato en forma directa. Hay, sin embargo, hechos aislados que permiten orientarse acerca

Cuadro 7

EXPANSION DEL NUMERO DE ESTABLECIMIENTOS INDUSTRIALES CLASIFICADOS SEGUN NUMERO DE OBREROS OCUPADOS
(Índice del número de establecimientos 1937 = 100)

Escala de ocupación	1946	1954
Hasta 10	180	336
De 11 a 25	195	220
De 26 a 50	186	197
De 51 a 100	191	188
De 101 a 500	163	170
De 501 a 1 000	170	225
Más de 1 000	148	204
Todos los establecimientos	190	207

Este cuadro debe leerse así: Considerando igual a 100 el número de establecimientos industriales que en 1937 ocupaban hasta diez obreros, resulta que en 1946 el número de esos establecimientos equivale a 180 y en 1954 a 336. Etcétera.

de la concentración industrial; en el Gran Buenos Aires, por ejemplo, 130 establecimientos industriales consumieron en 1961 el 38% del total de la energía vendida a la industria en esa zona.²⁵

Los establecimientos más pequeños —entre 10 y 25 obreros ocupados— duplican las cifras de obreros entre 1937 y 1946, y aumentan sólo un 11% entre 1946 y 1954.

El grupo de establecimientos que ocupa de 26 a 50 obreros señala el mismo fenómeno: crecimiento entre 1937 y 1946, estancamiento entre 1946 y 1954. Por su parte, el sector que agrupa los establecimientos con 50 a 100 obreros es el único donde se advierte una disminución absoluta del número de establecimientos tanto como del número de obreros ocupados.

El cuadro 5 se ha confeccionado para comparar el crecimiento de los distintos grupos de establecimientos. Se advierte fácilmente que el mayor incremento se produjo en los establecimientos más pequeños; en el grupo que ocupa de 101 a 500 obreros el aumento es mínimo y repunta entre los grandes establecimientos. Este estrangulamiento, que se acentúa más todavía en el período 1946-1954, denota una barrera para la movilidad de los establecimientos.

Las cifras del cuadro 7 prueban que es casi imperceptible el número de establecimientos pequeños que pueden llegar a ser grandes fábricas. Prácticamente la totalidad de los pequeños establecimientos argentinos permanecen como tales, en tanto que los grandes establecimientos nacen grandes y siguen creciendo. Los pequeños talleres que evolucionaron hasta convertirse en grandes fábricas no pasan de ser un mito.

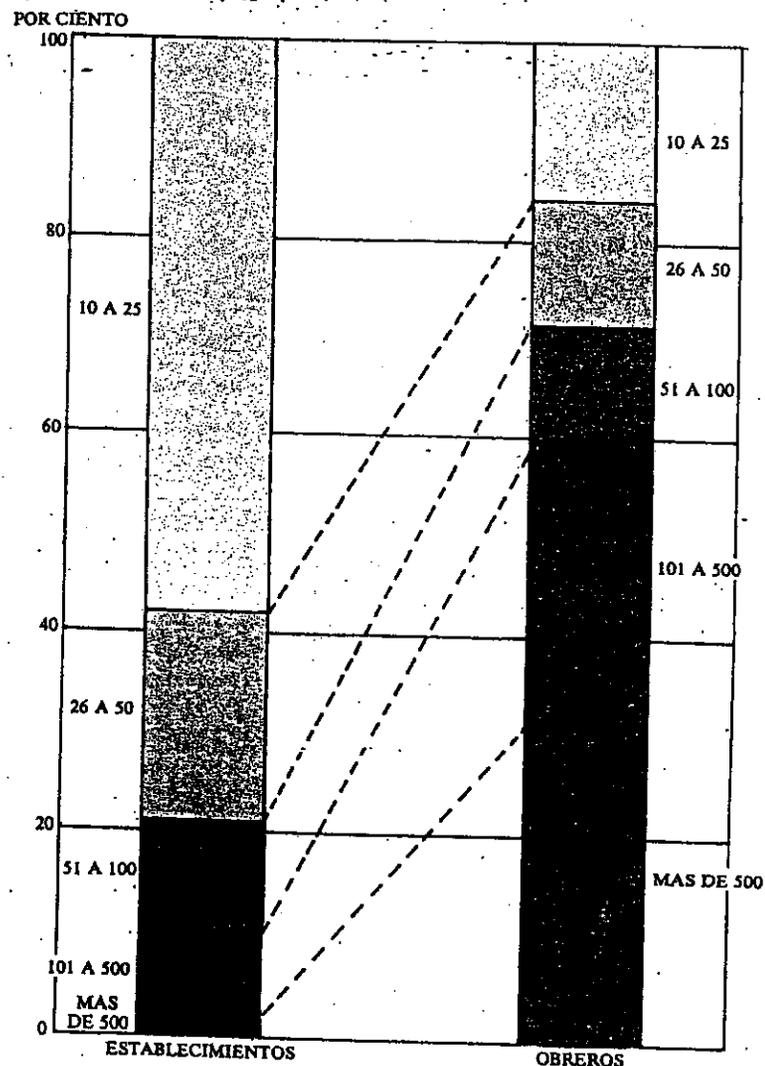
Por supuesto, algunos talleristas lograron convertirse en grandes industriales, pero se trata de casos aislados, carentes de significación estadística.

Cabe destacar que los establecimientos con menos de diez obreros eran el 85,5% del total en 1937 y el 90,7% en 1954. Estos 137 000 establecimientos constituyen la base de sustentación de una numerosa clase de artesanos y talleristas concentrada especialmente en el Gran Buenos Aires. Ni aun con la imaginación mejor dotada sería posible confundir este sector social con una "burguesía industrial" y, sin embargo, ese es el sector que comanda 90 de cada 100 "establecimientos industriales" argentinos.

Gráfico 5

CONCENTRACION DE LA INDUSTRIA MEDIDA POR EL NUMERO DE OBREROS OCUPADOS, 1954

Fuente: Cuadro 5.



El 10% de los establecimientos ocupa el 59,5% de los obreros. Sólo 234 establecimientos ocupan el 32% de la clase obrera.

El crecimiento industrial argentino consiste en el desarrollo de 250 establecimientos que concentran la mitad de la producción

Los establecimientos que ocupan más de 500 obreros pasaron de 108 en 1937 a 234 en 1954 (cuadro 5), ocupando 122 000 trabajadores en 1937 y 267 000 en 1954 (cuadro 6). Entre 1937 y 1946 el número de obreros ocupados aumenta 73%, pero entre 1946 y 1954 sólo crece 27%. El ritmo de crecimiento disminuye en el segundo período considerado, pero como lo mismo ocurre en el total de la industria, el efecto neto fue un aumento de la concentración industrial.

Entre los años 1935 y 1937 aparecen veinte establecimientos que ocupan más de 500 obreros, es decir, diez por año; entre 1937 y 1946 aparece un promedio de siete establecimientos por año y lo mismo ocurre entre 1946 y 1954.

De los 108 establecimientos existentes en 1937, 18 pertenecían al rubro Alimentos, Bebidas y Tabaco (nueve eran frigoríficos); 26 a Textiles y Confecciones; siete eran Imprentas; otros siete corresponden al rubro Piedras, Vidrio, Cerámica, y nueve eran talleres de ferrocarril. La mitad de los grandes establecimientos existentes en 1937 pertenecían a industrias que cabe denominar "tradicionales": textiles, alimentos, talleres de ferrocarril.

En 1946, sobre 174 establecimientos con más de 500 obreros, 35 pertenecían al ramo de Alimentos, Bebidas y Tabaco; 43 a Textiles y Confecciones; las Imprentas eran ocho y ocho trabajaban con Piedras, Vidrio, Cerámica. Es decir, la proporción de establecimientos "tradicionales" seguía siendo la misma que en 1937.

En 1954, para un total de 254 establecimientos con más de 500 obreros, había 57 correspondientes al ramo de Alimentos, Bebidas y Tabaco; 53 a Textiles; 11 pertenecientes a Piedras, Vidrio, Cerámica y cuatro eran Imprentas. La proporción de establecimientos "tradicionales" se mantiene constante.

Sin embargo, en 1954 aparece ya con cierta importancia entre los grandes establecimientos la rama Vehículos y Maquinaria, con 42 establecimientos de los cuales quedan 33 descontando los talleres de ferrocarril.

A la luz de la información disponible, las sociedades anónimas constituyen el mejor índice de concentración de la propiedad industrial

El censo de 1937 indica un total de 49 000 establecimientos (incluyendo la construcción), de los cuales 2411 pertenecían a sociedades anónimas. Estos establecimientos concentraban 36 de cada 100 obreros ocupados en la industria, aportando 52,5% de la producción total.

Las sociedades anónimas, siendo apenas 5% de los establecimientos, aportaban la mitad del producto industrial. Su promedio de producción por obrero era exactamente el doble que el promedio del restante 95% de establecimientos.

Esos dos hechos: alta productividad y gran concentración, evidencian que los grandes establecimientos (véanse págs. 31 y ss.) pertenecen a este grupo de sociedades anónimas.

El censo de 1935 aportaba un dato no menos importante: los 2294 establecimientos que figuraban como sociedades anónimas pertenecían a 671 empresas, o sea que cada sociedad anónima poseía un promedio de tres establecimientos. En la hipótesis más desfavorable, para este trabajo, si los 117 establecimientos pertenecientes a sociedades anónimas y surgidos entre 1935 y 1937 hubieran correspondido cada uno a una nueva sociedad, en el año 1937 habrían existido, como máximo, 788 empresas que aportaban el 52,5% de la producción total.

Como ese cálculo no tiene en cuenta la pertenencia de distintas sociedades a un mismo grupo financiero, puede afirmarse que la concentración de la propiedad en la industria argentina en 1937 no era menor que la concentración de la propiedad agraria en manos de los terratenientes.

En los años transcurridos hasta 1954 —último para el que se dispone de datos— el número de establecimientos pertenecientes a sociedades anónimas llegó a 3273 que ocupaban el 33,7% de todos los obreros, y aportaban el 42,2% de la producción. No se dispone de datos que permitan establecer a cuántas empresas pertenecen estos 3273 establecimientos, pero nada hace suponer que en 1954 la concentración fuera menor que en 1937.

Además de las sociedades anónimas existe otra forma de propiedad industrial que merece ser mencionada. Se trata de las empresas industriales del Estado. En 1954 pertenecían a este grupo, el 0,7% de los establecimientos, que ocupaban el 12,7% de

Cuadro 8

EVOLUCION DE LOS ESTABLECIMIENTOS FUNDADOS ANTES DE 1920

Año	Número de establecim.	Obreros ocupados	Obreros por establecim.	Participación en el total de		
				la producción (porcentaje)	los establecim. (porcentaje)	los obreros (porcentaje)
1935	12 471	230 719	18,6	55,1	30,8	48,9
1937	14 261	274 936	19,2	54,4	28,8	47,3
1939	14 638	286 887	19,6	52,1	27,1	46,3
1941	14 186	310 771	22,0	47,7	24,4	42,6
1946	14 930	346 426	23,2	40,9	17,3	37,0
1948	12 396	334 737	27,1	39,5	15,1	36,5
1954	9 817	288 104	26,5	29,1	7,2	27,3

Este cuadro debe leerse así: En 1935 existían 12 471 establecimientos industriales fundados antes de 1920. Esos establecimientos aportaban 55,1 de cada 100 pesos producidos por la industria y ocupaban 48,9% de cada 100 obreros. Etcétera.

los obreros y aportaban el 10% de la producción total.

La productividad de los establecimientos estatales es menor que el promedio de toda la industria. En cuanto a su tamaño, las industrias estatales tenían un promedio de 124 obreros por establecimiento frente a un promedio de 109 obreros en los establecimientos pertenecientes a sociedades anónimas.

Entre los establecimientos estatales figuraban, siempre en 1954, los talleres ferroviarios y el grupo DINIE (Dirección Nacional de Industrias del Estado).

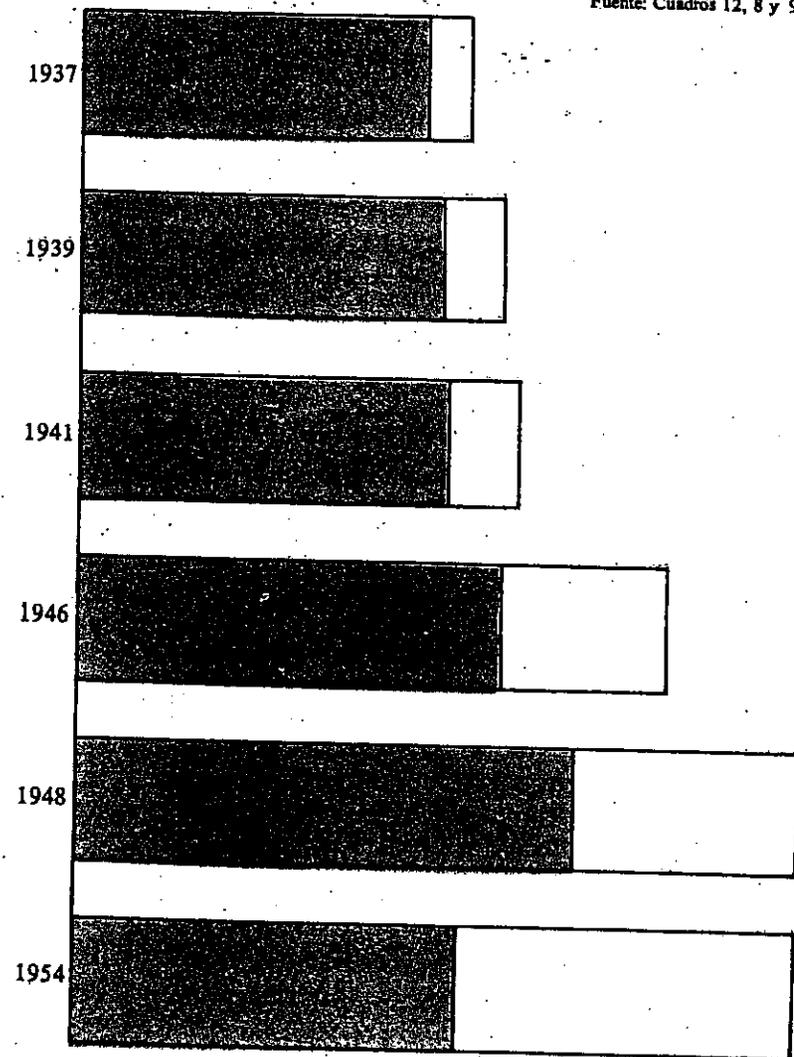
No se ajusta a los hechos la afirmación de que la burguesía industrial argentina es el producto de un aluvión de pequeños talleres nacidos durante la Segunda Guerra Mundial. Los establecimientos fundados antes de 1935 aportan el 54% de la producción total

La información censal indica el año de fundación de los establecimientos, permitiendo estratificarlos según su antigüedad.²⁶

Gráfico 6

PARTICIPACION DE LOS ESTABLECIMIENTOS FUNDADOS ANTES DE 1935 EN EL TOTAL DE LA PRODUCCION

Fuente: Cuadros 12, 8 y 9.



Los establecimientos fundados antes de 1935 conservan una alta participación (54%) en el total de la producción industrial. Esto evidencia la considerable importancia del crecimiento industrial argentino anterior a la Segunda Guerra Mundial.

a) Establecimientos fundados antes de 1920

En este grupo están incluidos los frigoríficos, los talleres de ferrocarril y los ingenios azucareros, ramas que se pueden denominar tradicionales en la industria argentina.

El cuadro 8 señala que los establecimientos fundados antes de 1920 realizaban en 1935 el 55% de la producción total; posteriormente su participación fue bajando hasta llegar a 29,1% en 1954. Aunque su participación proporcional disminuyó, su aporte a la producción siguió aumentando en términos absolutos. En efecto, llevando la producción de estos establecimientos a dólares de valor constante, en 1937 produjeron 770 millones de dólares, en 1946, 1570 millones y en 1954, 1680 millones.

Asimismo, la producción por obrero creció de 2800 dólares por año en 1937 a 4500 en 1946 y a 5800 dólares en 1954. Los establecimientos fundados antes de 1920 evidencian alta vitalidad y tienen, amén de su considerable peso cuantitativo, una notoria importancia estratégica. Los frigoríficos, por ejemplo, proveen el 40% de las divisas obtenidas por la exportación.

Cuadro 9

EVOLUCION DE LOS ESTABLECIMIENTOS FUNDADOS ENTRE 1921 Y 1935

Año	Número de establecim.	Obreros ocupados	Obreros por establecim.	Participación en el total de		
				la producción (porcentaje)	los establecim. (porcentaje)	los obreros (porcentaje)
1935	24 298	172 671	7,1	30,8	60,0	36,6
1939	29 624	246 206	8,3	35,1	59,0	39,8
1941	28 585	270 443	9,5	35,1	49,8	37,0
1946	26 903	268 357	10,0	31,2	31,4	28,6
1948	23 173	251 998	10,8	30,8	28,0	27,5
1954	19 419	216 531	11,1	24,9	14,0	20,5

Este cuadro debe leerse así: En 1935 existían 24 298 establecimientos industriales fundados entre 1921 y 1935. Esos establecimientos aportaban 30,8 de cada 100 pesos producidos por la industria y ocupaban 36,6 de cada cien obreros. Etcétera.

b) Establecimientos fundados entre 1921 y 1935

Su participación en la producción y en el número de obreros ocupados oscila alrededor del 30% hasta 1948; luego desciende llegando al 25% en 1954.

Después de veinte años, este grupo tenía un promedio de 11,1 obreros por establecimiento, mientras que el grupo anterior tendría a una edad análoga —año 1939— un promedio de 19,6. Este hecho permite suponer que entre los establecimientos fundados de 1921 a 1935 perduraron muchos talleres.

c) Establecimientos fundados entre 1936 y 1946

En 1946 estos establecimientos ocupaban 31,8% de los obreros y aportaban el 19,5% de la producción total. En 1954 participaban 19,5% de la producción y 18,7% de los obreros ocupados; el número de esos establecimientos disminuyó, en esos ocho años, de 43 000 a 26 000.

d) Establecimientos fundados entre 1946 y 1953

Participan en 1954 con el 25,6% de los obreros ocupados y el 22,1% de la producción. La falta de censos posteriores impide conocer la evolución de este grupo en cuyo seno se registra la aparición de 70 000 establecimientos con menos de diez obreros.

La estratificación de los establecimientos según su antigüedad destaca el gran peso específico de los establecimientos fundados antes de 1920 que mantienen, en crecimiento constante, su alta productividad. En verdad, estos establecimientos demuestran que buena parte de la industria argentina ha sido fundada a principios de siglo y, en muchos casos, antes.²⁷

NOTAS

1. Hallándose en prensa esta publicación, la Dirección Nacional de Estadística editó los primeros datos de la encuesta industrial de 1957. Las clasificaciones presentadas son tan generales que resultan inutilizables para esta investigación.

2. Poder Ejecutivo Nacional, Ministerio de Economía de la Nación, Comisión Honoraria de Reactivación Industrial, *Informe sobre la industria argentina y los medios para su reactivación*, Buenos Aires, setiembre de 1963.
3. Tampoco llevando los valores de producción a precios constantes terminan las dificultades. Como puede advertirse en el cuadro 2, se ha trabajado con dos series indicativas del valor de la producción a precios constantes. La primera de ellas, que figura en la columna 3, presenta limitaciones para su uso con fines comparativos, pues la definición de producción adoptada por la Dirección Nacional de Estadística no ha sido la misma en todos los censos. Hasta el año 1941 se tomaba como valor de producción el costo en fábrica. En 1941 el valor de producción se recabó solamente de los establecimientos que ocupaban más de cinco obreros, extrapolándose para el resto. A partir de 1946 se pidió el precio de venta en fábrica. Tal es una de las causas del gran salto que se observa para el valor de producción en ese año. Ante estas dificultades se han agregado los datos de valor de la producción industrial que presenta el libro de Fiat (Oficina de Estudios para la Colaboración Económica Internacional, *La industrialización y el ahorro de divisas en la Argentina*, Buenos Aires, 1959), los cuales se basan en las series de volumen físico que publica periódicamente la Dirección Nacional de Estadística. Estas series, si bien no se ajustan a la realidad industrial, al menos permiten hacer una comparación global en todo el período considerado.
4. Según el libro *Producto e ingreso de la República Argentina en el período 1935-1954*, publicado en 1955 por la Secretaría de Asuntos Económicos.
5. Datos tomados de Fiat, *La industrialización...*, cit.
6. Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, 1957, pág. 442, e *Historia política del Ejército argentino*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1959, pág. 72.
7. Cabe hacer una salvedad respecto de las cifras del censo de 1946: se notan en él más establecimientos y obreros que en los años 1948 y 1950. Este hecho puede deberse a la influencia de un gran número de pequeños productores que por miedo a las multas se anotaron en el censo de 1946, pese a no pertenecer a la categoría de industriales. Por otra parte, la importación de ciertos artículos al término de la guerra puede haber hecho desaparecer muchos pequeños talleres en el lapso 1946-1948. De todos modos, las diferencias son lo bastante pequeñas como para dejarlas de lado en este estudio, aceptando que los valores se mantienen constantes.
8. Departamento de Estudios Económicos de la Unión Industrial Argentina, "La evolución de la economía argentina en la posguerra", en *Revista de la UIA*, núm. 20, julio-setiembre de 1963. Véase también un cálculo de igual tenor en la *Memoria Anual de la Sociedad Rural Argentina*, 1963.
9. CEPAL, *El desarrollo económico en la Argentina*, México, 1959, tomo I, pág. 116.
10. Horacio Giberti, "El desarrollo agropecuario", en *Desarrollo Económico*, vol. 2, núm. 1, pág. 115.
11. CEPAL, *El desarrollo económico...*, cit., pág. 116, cuadro XV. Véase también Fiat, Oficina de Estudios para la Colaboración Económica Internacional, *Argentina, síntesis económica y financiera*, Buenos Aires, 1960, pág. 5, que contiene estimaciones similares.
12. Fiat, *Argentina...*, cit., págs. 19 y 20.
13. Shell, Departamento de Estudios Económicos, *La provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, julio de 1961, pág. 47.
14. Es extraño que un estudioso como Dorfman afirme en uno de sus últimos

escritos que como "es natural", "la industrialización comienza por las operaciones tecnológicamente más sencillas" (Adolfo Dorfman, "Problemas estructurales del desarrollo industrial y las políticas de promoción", en *Comercio Exterior*, México, julio de 1963, pág. 481).

Si por "natural" se entiende la acción de las fuerzas del mercado, indudablemente es natural que en los países atrasados del siglo XX la industria comience con actividades de bajo nivel tecnológico, y por ello siga un proceso deformado que no se puede llamar industrialización sino pseudoindustrialización. Pero si "natural" quiere decir la mejor manera de obtener los resultados económicos que en Inglaterra, en Estados Unidos, en Alemania o en Francia y en la Unión Soviética configuran la industrialización, entonces lo natural es comenzar por las ramas que producen bienes de producción.

15. Para las ramas de Alimentos, Bebidas y Tabaco y de Textiles y Confecciones, las cifras señalan una divergencia pronunciada entre los porcentajes de obreros y de producción con que participan en el total en los distintos años. Esta diferencia sólo puede significar que estas industrias han variado su productividad. Los datos censales no permiten medir la productividad industrial, pero puede aceptarse como índice de la misma el cociente entre la producción y los obreros ocupados. Si bien la producción incluye el costo de la materia prima, como la misma mantiene en cada rama una relación prácticamente constante con el valor total puede aceptarse que el índice propuesto es suficientemente aproximativo a los fines de este estudio. Computando para los Textiles el cociente entre producción y obreros, se obtiene la siguiente serie:

1937 : 0,86
1946 : 1,07
1954 : 1,01

La productividad media en los establecimientos textiles era, en 1937, notablemente menor que la productividad general de la industria; mejoró luego en forma apreciable hasta el año 1946 (a pesar de la falta de maquinaria debido al cierre de la importación) y descendió lentamente entre 1947 y 1954, año éste en que se puso a la altura del promedio general.

Asimismo, computando el mismo cociente para la rama Alimentos, Bebidas y Tabaco, resulta:

1937 : 1,71
1946 : 1,51
1954 : 1,60

En el período 1937-1946 se advierte una gran disminución de la productividad con tendencia a mejorar en los años siguientes. Esta rama disminuye su participación en el total de la producción industrial desde 39,1% en 1937 hasta 29,2% en 1954, o sea que el 10% de la producción total pasa a ser aportado por otros sectores. Una de las causas de la disminución relativa de la productividad de esta rama es la aparición de nuevos sectores industriales (textiles, químicos, madera), instalados en plantas modernas que aumentan la productividad del conjunto, disminuyendo así la diferencia con Alimentos, Bebidas y Tabaco.

16. Después de 1954 aumentó la extracción de petróleo y gas. Este último combustible ha producido una renovación en las fuentes energéticas de varias industrias, especialmente en las zonas atravesadas por los gasoductos. Es difícil todavía cuantificar su influencia en la productividad industrial, pero sí resulta interesante el hecho de que su uso se registre, casi exclusivamente en las industrias del cemento y la electricidad.

17. Consejo Federal de Inversiones y Confederación General Económica, *Programa conjunto para el desarrollo agropecuario e industrial*, segundo informe, tomo 3, Buenos Aires, mayo de 1963, pág. CXLIII.

18. *El Cronista Comercial*, 8 de abril, 1963.

19. Declaración de la Cámara Argentina de Industrias Metalúrgicas, en *Review of the River Plate*, 24 de junio, 1949.

20. De los cuales la mitad corresponde a azúcar. Comisión Honoraria de Reactivación Industrial, *Informe sobre la industria argentina*, Buenos Aires, setiembre, 1963, pág. 37.

21. Consejo Federal de Inversiones y Confederación General Económica, *Programa conjunto...*, cit., tomo 3, pág. CXXXVI.

22. Torcuato Di Tella, "Los procesos políticos y sociales de la industrialización", en *Desarrollo Económico*, vol. 2, núm. 3, pág. 44.

23. Guido Di Tella, "Reconsideración de la teoría de la división internacional del trabajo", en *Desarrollo Económico*, vol. 2, núm. 4, enero-marzo de 1963.

24. Consejo Federal de Inversiones y Confederación General Económica, *Programa conjunto...*, cit., tomo 3, pág. CXXXVI.

25. *Memoria de SEGBA*, ejercicio 1962.

26. Se observará que los datos presentados en los cuadros contienen diferencias. En la estadística de 1937 por ejemplo, los establecimientos fundados antes de 1920 son más que los indicados por el censo de 1935. Estos errores pueden estimarse en un 10%, y para los fines del presente análisis carecen de significación.

27. Una pequeña muestra la suministra el censo de 1961 de la provincia de Buenos Aires. De los once establecimientos con más de 100 obreros existentes en el Partido de Avellaneda (único para el que se obtuvieron datos):

Tres fueron fundados antes de 1900;

cuatro fueron fundados entre 1900 y 1925;

dos fueron fundados entre 1926 y 1945;

uno fue fundado entre 1946 y 1960, y de

uno se ignora la fecha de fundación.

O sea que de los diez grandes establecimientos existentes en Avellaneda siete fueron fundados antes de 1925 y sólo uno surgió después de la guerra.

RASGOS BIOGRAFICOS DE LA FAMOSA BURGUESIA INDUSTRIAL ARGENTINA

La burguesía industrial es innegablemente famosa en los días que corren. Tan famosa como la Dolores de Calatayud, y como ésta absolutamente inocente de las pasiones nacionalrevolucionarias que le atribuyen sus exaltados festejantes.

En la historia de los amores poco edificantes entre los políticos y escritores oportunistas salidos del marxismo y los fulleros "sectores progresistas" de la burguesía, el idilio de Puiggrós, Rivera, Astesano y Cía. con la burguesía industrial argentina hará un capítulo sabroso. Casi tan sabroso como la trágica debilidad de Martov y los mencheviques rusos por la burguesía liberal rusa. Igual que nuestros Puiggrós y Ramos, los mencheviques gastaban microscopio, telescopio y lupa para hallar algún poro revolucionario entre los innumerables lunares reaccionarios de la burguesía rusa. Desde luego, no lo encontraban, pero no importa: sencillamente lo inventaban, como Puiggrós y Ramos inventan un nacionalismo revolucionario para los industriales criollos. Y así convencidos de que la burguesía revolucionaria que ellos inventaban tenía existencia real, los mencheviques se desesperaban y se tiraban de los pelos ante la penosa comprobación de que la burguesía no era ni quería ser revolucionaria. En virtud de lo cual el pobre Martov se dedicaba empeñosamente a convencer, explicar y demostrar a la terca burguesía que estaba en su mejor interés ser revolucionaria. Observemos un típico "consejo" de Martov, que resume todos los errores, todas las ilusiones y toda la capitulación del menchevismo ante la burguesía:

Tenemos el derecho de esperar —decía Martov— que un sobrio cálculo político impulse a nuestra burguesía democrática a actuar en la misma forma en que, en el siglo pasado, actuó en Europa occidental la burguesía democrática, bajo la inspiración del romanticismo revolucionario.¹

Con idéntica torpeza mental que el menchevismo, la cortesana más "roja" que servía en las oficinas de Apold finge asombrarse de que la burguesía industrial argentina "ignore el significado histórico de su propia existencia".²

Con estos apuntes bibliográficos trataremos de averiguar cuál es "el significado histórico de la existencia" de la burguesía industrial argentina.

Anatomía de la burguesía industrial

La burguesía industrial argentina no ha nacido desde abajo, siguiendo el largo y complejo desarrollo que va del artesanado a la gran industria, creciendo autónoma, como la burguesía inglesa, francesa o yanqui. La burguesía industrial argentina ha nacido estrechamente ligada a los terratenientes, como diferenciación en su seno. Ambos sectores, industrial y terrateniente, se entrelazan continuamente, borrando los imprecisos límites que los separan, mediante la capitalización de la renta agraria y la territorialización de la ganancia industrial, que convierte a los terratenientes en industriales y a los industriales en terratenientes.

Industria y monopolio

Más aún. El crecimiento y desarrollo de la burguesía industrial argentina se produce en la época del monopolio, de la concentración y centralización del capital, es decir, en la época imperialista. Desde su nacimiento, la industria argentina refleja la característica de la época imperialista, que es el monopolio, y se centraliza en un reducido número de manos, entrelazada a los terratenientes y al capital extranjero. La industria radicada en el país —ya veremos que no es del todo correcto denominarla nacional— tiene poco más de cincuenta años de antigüedad, pero presenta un grado de concentración y centralización superior al existente en los países imperialistas. Ya en 1936 sólo 47 fábricas (0,1% del total) empleaban el 15% de todos los obreros, con lo que el grado de concentración superaba en más de diez veces al de la industria norteamericana.³

En 1954, 1126 establecimientos (el 0,74% del total) ocupaban el 39% de los obreros y arrojaban el 52% de la producción. Sólo 69

establecimientos (0,05% del total existente) aportan el 20% del valor producido por toda la industria.

En rigor, no puede hablarse aquí de concentración de la industria, sino de expansión de las empresas. Efectivamente, la concentración y centralización del capital consisten, en síntesis, en la expropiación de unos capitalistas por otros, en la aglutinación de muchos capitales pequeños para formar unos cuantos capitales grandes.⁴ Pero no es esto lo que ocurre en nuestro país, ya que en la Argentina los establecimientos gigantes no son el resultado de una larga lucha competitiva; desde el comienzo fueron gigantes. Y esto no es muy sorprendente, puesto que la industria argentina consiste en grado considerable en subsidiarias de grandes compañías extranjeras. Los grandes establecimientos no crecieron desde orígenes modestos, desplazando y absorbiendo competidores más débiles, sino que, como Minerva de la cabeza de Júpiter, surgieron en la arena económica argentina como vástagos plenamente desarrollados de grandes empresas extranjeras.⁵

El control de la mayoría de la industria está concentrado en muy pocas manos, y es —nótese bien— mayor la concentración en la propiedad de la industria que en la propiedad de la tierra.

La estructura de la propiedad en la industria argentina es más oligárquica y antidemocrática que la estructura de la propiedad de la tierra, que es archi-oligárquica. Hay un libro bien documentado de Gino Germani⁶ que demuestra sin lugar a dudas la oligarquizada estructura de la burguesía industrial argentina. El 2,4% de los propietarios posee el 50% de todas las vacas, y el 1% de los propietarios tiene en su poder el 70% de la tierra. Esta es la clásica oligarquía. Pero en la industria ocurre que las cosas están peor: sólo el 0,2% de los propietarios controla el 65% de la producción y ocupa el 50% de los obreros. Esta tremenda concentración y centralización de la propiedad es, dicho sea de paso, la razón económica primordial por la cual la burguesía industrial argentina no puede jugar ningún papel democrático revolucionario y antiimperialista.

(Por otra parte, cabe recordar que de los 221 485 "propietarios o directores gerentes" registrados por el Censo Industrial, sólo pueden ser considerados integrantes de la burguesía los 16 698 individuos que controlan establecimientos con más de diez obreros, es decir, sólo el 7,4% de los propietarios industriales. El restante 92,6% pertenece a la pequeña burguesía artesanal que

posee establecimientos donde no trabajan obreros (48% del total) o que emplean menos de diez obreros (42,8% del total).

Industriales y estancieros

En Europa occidental el desarrollo de la industria se asentó en el acrecentamiento y la reinversión de las ganancias burguesas obtenidas en la industria misma, independientemente de los terratenientes. El capital industrial se autogeneró mediante la superexplotación del trabajo asalariado, con prescindencia no sólo de los terratenientes, sino incluso del capital comercial y los bancos. Estos últimos —a diferencia de lo que ocurre en los países atrasados de la época imperialista, la Argentina entre ellos— no desempeñaron ningún papel de importancia, y durante todo el período de la revolución industrial tuvieron poco que ver con la puesta en marcha de las empresas.⁷ En Estados Unidos como en Europa, y por las mismas razones, la industria fue también en sí misma la mayor fuente de capital para la industrialización.⁸

En Inglaterra, la industria se desarrolló

orgánicamente, por así decirlo, y poco a poco, desde sus pequeños comienzos a su grandeza posterior. En cuanto a la organización, se quedó principalmente en la empresa individual. De esta forma fue naciendo con creciente rapidez una clase de industriales ricos, con fuertes capitales y propietarios de fábricas. Cuando más tarde las sociedades por acciones adquirieron mayor importancia fueron estos grandes industriales, principalmente, los que se convirtieron en accionistas. También era capital industrial por su origen y propiedad el que se invirtió en estas sociedades.⁹

En la Argentina no hubo nada comparable a esa autogeneración del capital industrial. Nuestra industria nace en la fase monopolista del capitalismo, y desde sus primeros pasos se caracteriza por una pronunciada vinculación con los grupos monopolistas nacionales y extranjeros que controlan la economía nacional. Particularmente, a medida que la industria argentina se desarrolló fue acentuándose su entronque con los terratenientes y el capital extranjero en razón de que la mayor parte de las inversiones en la industria consiste en reinversiones de ganancias por parte de los grupos financieros en que los terratenientes y el capital extranjero tienen una participación preponderante.

Desde sus primeros pasos la industria argentina se entrelazó con los terratenientes. Los escritores supuestamente marxistas que

hablan de una lucha de clases entre la burguesía industrial y la oligarquía terrateniente mienten a entera conciencia. El historiador más serio de la industria argentina llegó a la conclusión de que, en lo fundamental,

nace estrechamente ligada al campo. La clase industrial argentina no ha nacido libre. Depende estrechamente de la tierra y se siente ligada con sus usufructuarios por más de un lazo de consanguinidad y semejanza. Apenas está saliendo del cascarón, el cordón umbilical que la une a los terratenientes es fuerte y potente, como potente la prominencia de los intereses ganaderos dentro de la economía nacional.¹⁰

En fin, quienquiera que analice la nómina de fundadores y dirigentes de la Unión Industrial Argentina puede verificar la elevada proporción de industriales significativos que pertenecen a la Sociedad Rural Argentina, es decir, a la clase terrateniente y estanciera.

En la actualidad, el "cordón umbilical" que vincula a industriales y terratenientes se manifiesta claramente en la mancomunidad de sus intereses económicos en el seno de las principales empresas y consorcios del país. Recuérdese que el 2,6% de los establecimientos industriales —que son los poseedores de un capital superior al millón de pesos— ocupa el 49% de los obreros y elabora el 65% de la producción. Pues bien, prácticamente en todas las empresas o grupos financieros que controlan ese decisivo puñado de establecimientos industriales, el corazón de la industria argentina, hay una pronunciada participación de capital de origen terrateniente.

Para comprobar este fenómeno se cuenta con la accesible *Guía de sociedades anónimas*, que registra los directorios de las sociedades nacionales y extranjeras. Su manejo requiere, eso sí, tener bien presente que en esta guía son todos los que están, pero no están todos los que son.

En 1959, sobre 106 integrantes de una muestra de la tradicional "oligarquía agropecuaria" residente en la Capital Federal, seleccionados con criterio de "figuración social", 32 eran productores agropecuarios pertenecientes a la Sociedad Rural y 31 poseían intereses industriales. Por otra parte, de los 15 encuestados que poseen empresas donde trabajan más de 100 personas el 50% son industriales o estancieros e industriales a la vez. Y algo más: entre los "parientes y amigos" de los encuestados los industriales constituyen, a escasa distancia de los estancieros, el núcleo más numeroso entre quienes se dedican a actividades productivas.¹¹

El poderío de la oligarquía terrateniente se sustenta en el latifundio. Latifundio es la concentración de la propiedad de la tierra en manos de un reducido número de propietarios. Los terratenientes pueden cultivar la tierra, o dejarla inculta, o poblarla con ganado; pueden explotarla en grandes extensiones o arrendarla en pequeñas parcelas. En cualquiera de los casos existe latifundio, ya que éste es una categoría social determinada por la concentración de la propiedad, y no una categoría agronómica dependiente de que la tierra se cultive o no.

De la magnitud del latifundio dan una idea los siguientes datos. En la provincia de Buenos Aires, 272 personas tienen en su poder 50 000 kilómetros cuadrados, es decir, la sexta parte del territorio provincial. Tan sólo cinco familias tienen más de un millón de hectáreas.¹²

Mil doscientas personas son dueñas de la cuarta parte de la superficie de la provincia más rica del país.¹³ Mil ochocientas personas poseen tanta tierra como tienen en total Italia, Bélgica, Holanda y Dinamarca. Dos compañías tienen tanta tierra como Bélgica y Suiza reunidas. Como resultado, mientras que 160 000 chacareros sólo disponen de un millón y medio de hectáreas, 2100 terratenientes tienen 53 millones y medio. En consecuencia sólo 36 de cada 100 chacareros son propietarios de la tierra que trabajan, siendo el resto arrendatarios o aparceros. Además, el 2,4% de los propietarios de vacunos poseen el 50% de todo ese ganado, y el 5% de los poseedores de ovejas tienen el 64% del total.

Ni la superación del atraso del país, ni la emancipación del imperialismo son posibles sin eliminar a los terratenientes, principales usufructuarios del latifundio, que es la columna vertebral del atraso nacional. Hasta los economistas cepalinos de Prebisch han reconocido que sin liquidación del latifundio no hay industrialización que merezca llamarse tal, y esto nos exige de insistir sobre el tema.

Indiquemos tan sólo que el latifundio priva al chacarero de todo interés en construir una vivienda costosa sobre la tierra que no es suya. Por eso el elemento más débil en el nivel de vida rural de la Argentina es la vivienda, lo que se debe principalmente al latifundio.¹⁴ Asimismo, el latifundio origina el atraso de la vida social campesina, que a su vez reduce el mercado interno nacional. En general, el campesino argentino tiene un nivel de vida adecuado si se lo mide por la cantidad y calidad de los alimentos y la

vestimenta. Pero ya la vivienda resulta sumamente deficiente; y si se consideran los componentes culturales del nivel de vida —facilidades para la educación y el entretenimiento, vida en comunidad—, el nivel de vida en las chacras argentinas es sumamente bajo, por cuanto carece de todas esas cosas.¹⁵ Los chacareros viven aislados entre sí y entre ellos y la ciudad, incluso las pequeñas ciudades situadas en plena campaña. La circulación de periódicos es bajísima (el órgano de la Federación Agraria Argentina tiene una circulación de escasamente 77 000 ejemplares, buena parte de ellos en ciudades) y el único canal de comunicación social que habitualmente atraviesa la amplia brecha entre los chacareros y el resto de la población es la radio —pero este es un canal en un solo sentido. La población rural tiene pocas escuelas y escasos lugares de esparcimiento. Los contactos sociales entre chacareros son en consecuencia poco frecuentes, y más esporádicos todavía resultan los contactos con habitantes que tengan un nivel de vida superior al de los chacareros. Este aislamiento bárbaro de la población rural argentina incide para restringir el mercado interno de la industria nacional, ya que —dado un nivel de ingresos mínimo, y a partir de él, para cada aumento en los ingresos— es la emulación provocada por el contacto entre grupos de distintos ingresos lo que estimula el deseo de comprar y alarga el mercado.

Sin embargo, la burguesía industrial aprovecha la existencia del latifundio, que si bien reduce su mercado potencial en el campo actúa como bomba impelente de mano de obra barata, arrojando hacia las ciudades una ola de chacareros y peones desarraigados. Ya a fines del siglo pasado y comienzos del presente las masas inmigrantes encuentran cerrado el acceso a la propiedad de la tierra y, según Dorfman,

se vuelcan hacia las urbes ciudadanas, abarrotando las poblaciones y envileciendo, en primer término, el costo de los salarios obreros. Así es como el no resuelto problema de la tierra comienza a influir en el desenvolvimiento de las industrias, que hallan lo que les faltaba: mano de obra relativamente barata.

Desde entonces, el latifundio siguió abasteciendo a la industria con la fuerza de trabajo barata de los chacareros arruinados y empobrecidos que emigraban al Gran Buenos Aires. Durante la última guerra mundial, el chacarero vivió al borde de la miseria, en momentos en que no se exportaban sus productos, vegetando gracias al programa gubernamental de adquisición de las cosechas,

elaborado para mantener el valor de la renta agraria. La ganadería, el negocio rural por excelencia, enriqueció a los estancieros y desplazó al chacarero, que no disponía de los grandes capitales necesarios para explotar la ganadería extensiva. En consecuencia, durante todo el período de la guerra los chacareros se volcaron sobre el Gran Buenos Aires, facilitando a la industria la mano de obra barata que necesitaba para elevar la cuota de ganancia de sus capitales. En 1943 es Torcuato di Tella, prototipo de industrial argentino, quien lo dice sin rodeos:

Existe en nuestro país una acción deprimente del campo sobre el nivel de los salarios medios de la industria fabril. Se habla mucho de la vida idílica del campo. Pero el que la ve en la realidad de nuestro dilatado territorio no está de acuerdo; deja el campo en la primera oportunidad y se dirige hacia los centros urbanos, a pesar de la vivienda malsana, la promiscuidad y la inseguridad de jornal diario.¹⁶

Esta simbiosis entre industria y latifundio, entre industriales y terratenientes, tiene la virtud de desinteresar completamente a la burguesía industrial de la liquidación del latifundio —que es sin embargo, una de las condiciones básicas de cualquier desarrollo industrial serio.

De la burguesía argentina, vinculada como está a los terratenientes, puede decirse lo mismo que afirmaba Lenin de la difunta burguesía rusa. Es totalmente incapaz de ver lo suficientemente lejos como para preferir el futuro ensanchamiento del mercado campesino mediante la expropiación del latifundio a la posibilidad actual de participar con los terratenientes en la explotación del campesino.¹⁷

El parasitismo de la industria local

Es sabido que en las metrópolis industriales el desarrollo capitalista, reemplazando cada vez más al obrero por la máquina, provoca una disminución progresiva de la cuota de ganancia. Por razones inversas, en los países atrasados el retraso general de la economía y la falta de un serio desarrollo industrial —lo que significa que en todas las ramas de la producción se emplea un elevado porcentaje de trabajo vivo y una baja cantidad de trabajo acumulado (medios de producción)— genera una elevada cuota de ganancia en todas las actividades, y especialmente en aquellas que usufructúan directamente los elementos del atraso: compra y venta

de tierras, préstamos hipotecarios, comercio exterior. Tal lo que ocurre en Argentina. Las ganancias sobre el capital invertido de una muestra de quince sociedades anónimas industriales elegidas al azar fueron: 13% en 1945, 15% en 1946, 16% en 1947, 15% en 1948, 13% en 1949. En el período 1946-1952, la ganancia promedio anual de 264 sociedades anónimas, que representan el 68% de las existentes, fue de 16% sobre los capitales invertidos. Recientemente, la Asociación de Industriales metalúrgicos informaba que

sobre la base de un trabajo efectuado por nuestra entidad, demostró fehacientemente que las ganancias promedio de 679 empresas, que respondieron a una encuesta realizada, habían sido en su último ejercicio del 28,7%.¹⁸

Por contraste, en Estados Unidos la ganancia promedio anual oscila alrededor del 9%. Esa elevada cuota de ganancia habitual genera en la burguesía nativa una elevada propensión a consumir artículos de lujo importados. Y esto origina a su vez otras actividades parasitarias en las que la cuota de ganancia resulta también particularmente elevada: mercado negro de divisas, importación, etc. Todo el capital invertido en estas actividades no cumple ninguna función productiva pese a que el país sufre penuria de capital y mantiene así el atraso. Y, además, con su elevada cuota de ganancia aleja al capital de las inversiones básicas que necesita el país.

El capitalismo industrial clásico trataba de obtener grandes ganancias durante un período relativamente largo vendiendo mucho con una ganancia moderada sobre cada unidad. En Argentina, la elevada cuota de ganancia en las empresas especulativas y la mentalidad burguesa habituada a obtener grandes ganancias en poco tiempo, se trasladan a la industria. Y ésta se convierte en una actividad especulativa más en la que ningún capitalista invierte sin la seguridad de elevados porcentajes de ganancia en un plazo perentorio. En todas aquellas industrias que no arrojan una elevadísima tasa de ganancia, comparable a la que rinden las actividades especulativas, el capital no se invierte. En consecuencia, el capital fluye hacia las industrias que, contando con el monopolio del mercado, rinden una elevada ganancia; y esas industrias son precisamente las que producen bienes de consumo, que se hallan ya hipertrofiadas. La circunstancia de que la mayor parte del nuevo capital colocado en la industria consiste en

ganancias reinvertidas agrava la situación, ya que las empresas textiles tienden a invertir sus ganancias en nuevas fábricas textiles, los fabricantes de heladeras en nuevas fábricas de heladeras, o en ampliar las ya existentes, y estas ramas se hipertrofian todavía más.

El monopolio del mercado acentúa esta tendencia a invertir capital en las industrias productoras de artículos de consumo, que agrava el desequilibrio de la estructura industrial ya que no se acompaña de un paralelo desarrollo de la producción de medios de producción. Tarifas aduaneras, controles de cambio, etc., de los que se benefician las industrias que producen artículos de consumo, desde las textiles hasta el turismo dentro del país, pretendiéndose ahorrar divisas, en realidad sólo consiguen estimular la producción nacional de artículos suntuarios, distraiendo así medios de producción y fuerza de trabajo hacia industrias que perpetúan el desequilibrio económico y el atraso del país. Pero las industrias básicas para el desarrollo económico: la energía, los combustibles, los transportes, no tientan a los capitales nacionales. A diferencia de la industria liviana, éstas son industrias que requieren grandes inversiones y sólo arrojan ganancias al cabo de un largo período de tiempo. ¿Para qué invertir millones en usinas y altos hornos si con una masa de capital mucho menor pueden obtenerse ganancias elevadísimas e inmediatas en tierras, construcciones de lujo, especulación con divisas o en una empresa textil? Incluso la instalación de una fábrica puede ser un buen pretexto para conseguir cambio preferencial, importar una materia prima o instrumentos escasos y venderlos con una ganancia de mil por mil.

Se argüirá a modo de cómoda disculpa —en parte cierta— que la imposibilidad de obtener las necesarias divisas para nuevas adquisiciones es la causa de ese retraso (técnico de la industria argentina) pero habría que agregar también que en mayor grado ha influido el hecho del retiro de utilidades, que lejos de reinvertirlas para mejoramiento de los equipos o de la organización empresarial, se ha preferido colocarlas en inversiones especulativas con grandes ganancias inmediatas o para atender las exigencias particulares de los empresarios.²⁰

La burguesía industrial argentina goza de privilegios monopolistas que determinan la falta de incentivos para rebajar los costos de producción mediante el progreso técnico. El capitalismo nunca adoptó un adelanto técnico de no ser presionado por la competencia y/o la necesidad de desprenderse de mano de obra demasiado

cara. Entre nosotros, el monopolio del mercado y la baratura de la mano de obra permiten a la industria utilizar ventajosamente, en sentido capitalista —es decir, extrayendo una elevada cuota de ganancia—, equipos y sistemas de producción anticuados. Veamos el testimonio —insospechable de mala voluntad hacia la industria argentina— de *Economía y Finanzas*, que era revista oficial del gobierno peronista:

Se han constituido en algunas (¿algunas?) actividades verdaderos monopolios que fijan discrecionalmente el precio de sus productos en función de elevados costos, que no se preocupan de disminuir, y de un excesivo margen de ganancias que parecen no tocar límite de crecimiento. La facilidad para la colocación de los productos como para la obtención de beneficios, hace que estas industrias privilegiadas no se preocupen de racionalizar sus procesos de elaboración, lo cual incide, como es lógico, en perjuicio del consumidor, ya se considere el problema desde el punto de vista de la cantidad, de la calidad o del precio de dichos productos. A este último respecto conocemos el caso de empresas que elevan artificialmente sus precios de venta utilizando para la distribución de sus mercaderías intermediarios que pudieran fácilmente suprimir. Mientras tanto, sus ganancias consiguen duplicar el capital en un solo ejercicio y sus acciones alcanzan en la Bolsa valores inusitados.²¹

El Centro de Productividad de la Argentina, en un estudio realizado sobre 22 hilanderías de algodón que operan en condiciones muy similares de trabajo, halló que la productividad variaba según la empresa entre 84,9% y 38,9%.

Evidentemente, resultaría inútil agregar elementos tecnológicos nuevos a una organización que no sabe utilizar los que posee, pero no sólo inútil sino antieconómico puesto que a la falta de eficiencia se agregaría el mayor costo derivado de la inversión.²²

Existen en el país instalaciones industriales que constituyen el último exponente de la técnica y una de las facetas del desarrollo combinado. Son progresos importados que permanecen como islotes, en medio del atraso general. La eficiencia económica de los mismos deja mucho que desear, ya que los precios a que se venden los productos de esas fábricas modelo se determinan —en un mercado monopolista como el nuestro— no por su costo de producción, sino por el costo de producción de la mayoría de las empresas, anticuadas e ineficientes. Esto redundaría en superganancias para el capital invertido en la fábrica modelo, pero no reporta ningún beneficio a la economía nacional.

Esto fue escrito en 1957. Seis años después Raúl Prebisch y la CEPAL advierten:

Tras el amparo de elevados aranceles y otras restricciones o prohibiciones a la importación se han difundido prácticas limitativas de la competencia cuando no virtuales combinaciones de tipo monopolístico. Al lado de establecimientos bien dotados funcionan otros de elevado costo, en un tácito equilibrio de recíprocas ventajas, pues éstos aseguran su subsistencia marginal y aquéllos la ganancia cuantiosa de la diferencia de costos.²³

En efecto, la sobreprotección y demás ventajas monopolistas suministran un beneficio tan alto que supera en mucho la ventaja que pueda surgir de una lucha de competencia y desplazamiento de las pequeñas empresas, incluso para las fábricas más grandes y técnicamente más perfectas.

La protección aduanera y cambiaria de que goza, y la concentración de la producción en un puñado de empresas monopolistas, crean en la burguesía industrial argentina un pronunciado parasitismo, reacio al progreso técnico. En más de una ocasión los industriales se opusieron al ingreso de maquinarias destinadas a alguna industria —textil y del calzado, por ejemplo— alegando que la introducción de las mismas provocaría una crisis de superproducción.²⁴ Y hace unos meses la Cámara de Metal Estampado pidió la prohibición de instalar nuevas fábricas del ramo por un período de diez años.²⁵ Ultimamente los industriales metalúrgicos se vienen quejando con insistencia de

la verdadera fiebre de proteccionismo industrial que se ha producido en nuestro país, con motivo de las condiciones favorables que para intentar cualquier fabricación ofrece la imposibilidad de importar. Estamos muy lejos de creer que debe abolirse el comercio de artículos metalúrgicos extranjeros, porque el aprovechamiento de la alta especialización y de las técnicas avanzadas de otros países será siempre necesario. Consideramos que no puede la Federación, como entidad responsable, apoyar industrias que serán siempre marginales, es decir, precarias, por falta de posibilidades técnicas, por escasez de mercado o por cualquier otro motivo. Y que tal posición debe ser rigurosa cuando esas industrias pretenden fabricar elementos delicados o de alta precisión que deben utilizar otros industriales en máquinas o equipos de su fabricación.²⁶

Y por su parte la Cámara Gremial de Fabricantes de Caños y Tubos de Acero —que es “nacionalista” y proteccionista cuando se trata de proteger la fabricación local de caños y tubos— provoca la indignación del Centro de Industriales Siderúrgicos con sus acusaciones contra la mala calidad y alto costo del fleje de fabricación nacional y sus pedidos de libre importación de ese producto.²⁷

La contracción del mercado no modifica la mentalidad parasitaria del empresario argentino. La acentúa

Tomás Fillol, en su libro *Social Factors in Economic Development: The Argentina Case*, señaló que

los empresarios argentinos han sido ampliamente criticados por sus tendencias a la cartelización, al monopolio, al nepotismo y, en general a la concentración de la propiedad [...] También por su falta de deseos de aceptar riesgos y de reinvertir sus utilidades de manera productiva y por prevalecer en ellos la filosofía de los grandes beneficios por unidad vendida más que las ventas masivas en el mercado con poca utilidad por unidad [...] Están lejos de tener un adecuado conocimiento de las herramientas y métodos modernos de administración [...] tienden a subordinar los fines meramente comerciales a consideraciones de prestigio, familiares y de amistad [...] raramente sienten profundamente el sistema de la libre empresa.

Todas esas afirmaciones han pretendido ser desmentidas en base a una encuesta que encomendó la CEPAL, ejecutó el Centro de Investigaciones Económicas del Instituto Torcuato Di Tella y dirigió el economista doctor Eduardo Zalduendo, profesor de varias facultades, egresado de varias universidades y becado en Estados Unidos.²⁸ Pero en verdad lo que surge de los resultados publicados es, además de la endeblez metodológica de la encuesta, la frivolidad intelectual de sus autores o incluso su mala fe, puesto que los resultados, lejos de desmentir las tendencias parasitarias de los industriales argentinos, no hacen más que confirmarlas.

Por de pronto cabe advertir que, si bien la encuesta se titula “El empresario industrial en la Argentina”, de los 27 ejecutivos entrevistados el 22% pertenece a empresas extranjeras radicadas en Argentina, de modo que las actitudes de estos individuos no dicen nada acerca del empresario argentino sino, en todo caso, del empresario internacional con inversiones en Argentina (Ducilo, Duperial, General Motors, Kaiser, Pfizer, Fiat). Y otro 26% de la muestra —que sumado al anterior implica el 48%— pertenece a empresas íntimamente ligadas al capital internacional (y en gran medida orientadas por sus asociados del exterior: Siam, Alpargatas, Acindar, Grafa, Sudamtex, Tamet, Textil Oeste). Esto en lo que hace a la representatividad de la muestra. En cuanto a los resultados, vemos que sólo ocho empresarios habían realizado cursos sobre organización de empresas, pero en cambio todos son francamente proteccionistas y fracasan notablemente en exhibir

rasgo alguno de preocupación por la eficiencia, los altos costos etcétera.

Por otra parte, cualesquiera sean las respuestas verbales de 27 empresarios, conscientes de que se les está entrevistando para evaluar sus actitudes, incuestionablemente más significativa es la conducta de esos empresarios al frente de sus empresas, en la realidad del mercado. ¿Y cuál es la conducta del empresario industrial argentino? ¿Acaso la producción masiva, a bajo precio, la ampliación permanente del mercado y todas las restantes virtudes económicas del empresario industrial estudiado por Marx? Las respuestas surgen, entre otras fuentes, de las actuaciones de la Comisión Honoraria de Reactivación Industrial. En 1963 —en momentos en que la capacidad ociosa en la industria de bienes de capital oscilaba entre un 30% en el ramo de equipos de movimiento y elevación, y 75% en el ramo de máquinas herramientas— la Comisión consideró

de la mayor importancia advertir que el nuevo aumento de la demanda no constituye de ningún modo el desiderátum que habrá de resolver definitivamente los problemas de la industria. Y ello en razón de que existe el justificado temor de que un aumento indiscriminado del poder adquisitivo no se traduzca en una mayor actividad económica (más producción, más ocupación y más consumo) sino que una gran parte de la demanda adicional vaya a esterilizarse en mayores precios. La tendencia al aumento indiscriminado de precios y salarios preocupa a la Comisión, debido a que dirigentes empresarios de diversas actividades —que se consideran deprimidas— han puesto de relieve ante ella que entienden que sus actuales precios de venta están muy por debajo de lo que podría considerarse un nivel normal; por lo tanto, es de esperarse que ante una reactivación de la demanda se tenderá de inmediato a corregir esta situación [...] El peligro de un aumento explosivo de los índices que miden la inflación, si no se adoptan recaudos adecuados, no es por consiguiente un temor basado en consideraciones teóricas, sino en comportamientos anunciados de antemano de manera inequívoca [...] No son muy favorables, en este sentido, los síntomas que en la actualidad se advierten, después de los primeros indicios de una mayor liquidez. Los precios, que no habían detenido enteramente su elevación ni en los momentos de menor demanda, han comenzado a registrar nuevos aumentos en las últimas semanas ante la nueva expectativa de mejores condiciones generales.²⁹

Si el doctor Zalduendo cree sinceramente en base a los resultados de su precaria encuesta que el industrial argentino "es partidario de vender muchos productos a bajo precio aun cuando las ganancias sean las mismas que procediendo a la inversa"³⁰ sólo cabe exclamar ¡qué la inocencia le valga, señor doctor economista! Pisando con más firmeza en la tierra, la Comisión de Reactivación

Industrial comenta que se esperaba que al restringirse la demanda conforme a los planes inspirados por el Fondo Monetario Internacional, se provocaría una reducción transitoria de las ventas y de la producción, lo cual tendría sus buenos efectos: la desaparición de los más ineficientes y la reducción de los costos reales, en el esfuerzo por sobrevivir en un mercado restringido.

En la práctica, no obstante, esas expectativas no se cumplieron. Los empresarios, en una buena parte, no tuvieron mayor preocupación por los costos durante mucho tiempo, a la espera de que un retorno a la inflación habría de resolverles sus principales problemas, reduciendo sus deudas y proporcionándoles mercado para cualquier producción, aun la más ineficiente y costosa, a expensas de un decreciente aprovechamiento de los factores productivos.³¹

Y páginas más adelante:

Ya se ha señalado cómo con frecuencia los industriales argentinos quieren resolver sus dificultades refugiándose en una elevación desmesurada de las defensas aduaneras y cambiarias contra la competencia de las importaciones.³²

En verdad, toda la estructura de la economía y de la sociedad, en Argentina como en los demás países atrasados, tiende a bloquear, desestimular y frustrar el desarrollo de una clase empresaria industrial con motivaciones y valores que la impulsen a producir masivamente a bajo costo y apta en áreas básicas para la industrialización, tales como el cálculo directo de costos y beneficios, de las relaciones entre producción e ingreso y de orden, predictibilidad y probabilidad de las relaciones económicas.

Incluso Prebisch lo ha advertido:

Prevalecen en los países latinoamericanos ciertas formas de privilegio que debilitan considerablemente el incentivo al progreso técnico en todas sus manifestaciones y en consecuencia, el aprovechamiento de los hombres de iniciativa y capacidad que requiere la tecnología de nuestros días. Pero no se circunscribe este hecho a la tierra. En la industria también se han debilitado los incentivos al progreso técnico por el privilegio de la protección exagerada. Para mantenerse despierta, la iniciativa individual requiere incesantemente el aguijón de la competencia. Y la industria latinoamericana no se caracteriza en general por tenerla en alto grado. Las grandes fortunas del pasado en estas latitudes provinieron en gran parte del acaparamiento y la valorización del suelo. Después vino a agregarse aquel otro privilegio de la protección.³³

La ineptitud y falta de vocación de la burguesía industrial argentina para tecnificar y racionalizar sus empresas es tanto más

significativa cuanto que la plena ocupación, la sindicalización de la clase obrera y el fuerte poder de negociación de los sindicatos entre 1943 y 1955 constituyen incentivos más que suficientes para apelar a la tecnificación y la racionalización a fin de aumentar la productividad. Tal fue, por ejemplo, la reacción de la burguesía japonesa ante la sindicalización del proletariado japonés luego de 1945.³⁴ La burguesía argentina, en cambio, ha preferido siempre contrarrestar el alza de los salarios mediante los aumentos de precios y la inflación.

Y el resultado está a la vista: la producción por obrero en la industria argentina disminuye sostenidamente desde 1937.

Unidad y diferencia entre industriales y terratenientes

El señor Eduardo Astesano es uno de los teóricos principales de la teoría según la cual siempre hubo y habrá un antagonismo irreconciliable entre industriales y terratenientes. Sin embargo, el mismo Astesano publicó una *Historia de la independencia económica* que en la tapa traía un retrato de Carlos Pellegrini, prototipo de defensor de la industria y fundador de la Unión Industrial Argentina. Lo que Astesano no decía es que Pellegrini fue también el fundador del Jockey Club, tradicional centro políticosocial de la oligarquía terrateniente. Esto no es nada casual, porque sintetiza muy bien la unidad que desde el vamos hubo entre industriales y terratenientes. (Vale la pena señalar que el primer escritor "marxista" argentino que intentó establecer un antagonismo radical entre industriales y terratenientes fue Juan B. Justo. "Hacendados y agricultores que producen para la exportación tienen intereses completamente opuestos a los de los fabricantes que producen para el consumo", decía en su artículo titulado "Por qué los estancieros deben ser librecambistas").

Sin embargo, sobre esa unidad general de intereses se produjeron muchas veces roces en torno al problema del proteccionismo reclamado siempre por los industriales, y el librecambio exigido a veces por los terratenientes. Digo a veces, porque es totalmente falso que en Argentina los terratenientes hayan sido siempre librecambistas. Cuando el mercado mundial los trató mal, comprándoles poco o a bajo precio, los terratenientes insistieron en desarrollar la industria para ahorrar divisas y contar con un mercado interno que consumiera sus productos. En 1871, por

ejemplo, los *Anales de la Sociedad Rural Argentina* decían que "las fábricas son nuestra ancla de salvación", y celebraban que la industria nacional rompiera "la tutela y la esclavitud a que nos hemos sujetado para con los productos de la industria extranjera".³⁵ Veinte años después señalaba el vocero de los estancieros que la industria y la ganadería son "fuerzas concurrentes y afines".³⁶ Por su parte los industriales decían que lejos de oponerse a los terratenientes, "reconocen y ponderan la indiscutible importancia que tiene la producción agrícola y ganadera en la economía nacional" y señalaban que "en todos los actos en favor de la industria aparecen unidos a los industriales numerosos hacendados y no, por cierto, de los menos representativos ni de los menos conscientes".³⁷ En 1933, en momentos en que la crisis económica mundial se sentía intensamente en Argentina y provocaba rozamientos y encontronazos entre todos los sectores burgueses en puja por conservar el mayor trozo posible de ganancia y arrojar las pérdidas sobre otro grupo capitalista —en superexplotar a los obreros y chacareros todos coincidían— los industriales insistían en la unidad fundamental de intereses entre ellos y los terratenientes.

Los teorizantes a ultranza —decía entonces el vocero de los industriales— encuentran antagonismos donde sólo hay y puede haber armonía: entre los intereses fabriles y los intereses agropecuarios [...] En países nuevos como la Argentina no existen antagonismos ni intereses encontrados entre la ganadería, la agricultura y las industrias fabriles.³⁸

En ese mismo año, el presidente de la Unión Industrial Argentina declaraba que "no hay, no puede haber, criterio alguno que pretenda dividir las actividades industriales de las ganaderas o agrarias".³⁹

Y las afirmaciones de ese estilo se repiten. En junio de 1945 apareció en los diarios de Buenos Aires un Manifiesto del Comercio y la Industria que firmaban todas las asociaciones patronales —Cámara de Comercio, Bolsa de Comercio, Sociedad Rural, etc.— excepto la Unión Industrial. Comentando ese documento, el entonces vicepresidente de la Nación, coronel Perón, manifestó que le era "muy grato comprobar que los señores industriales no están representados en el manifiesto" mientras que si lo firmaban —agregó— los terratenientes, enemigos de la industria, que "han representado dentro del país la eterna oligarquía económica". De inmediato la Unión Industrial se apresuró a

refutar a Perón, declarando que ratificaba su solidaridad con la Sociedad Rural.⁴⁰ Después de las elecciones de 1946, la Unión Industrial Argentina, activa y solvente auspiciadora de la Unión Democrática, fue desprovista de personería jurídica y reemplazada por la Asociación Argentina de la Producción, Industria y Comercio (AAPIC) que luego se transformó en Confederación Económica Argentina (CEA) para luego constituir la CGE. Por razones obvias, estas organizaciones proclamaban una orientación política opuesta a la de la UIA, pero igual que ésta no perdían ocasión de subrayar la solidaridad entre industriales y terratenientes. En 1949, por ejemplo, hablando en el Día de la Industria, el presidente de la CEA decía que “las espigas y los novillos aún hoy representan los fundamentos esenciales de nuestra riqueza” y afirmaba que “son inciertas las descripciones que frecuentemente se han hecho y se hacen sobre oposición de ganaderos de un lado y los industriales de otro. Por el contrario son los primeros el fundamento de la riqueza de los segundos”.⁴¹

Sin embargo, sobre la unidad general de intereses se producían hasta 1933 algunos roces provenientes de que los terratenientes que vendían tranquilamente sus productos en el mercado mundial, no vacilaban en sacrificar la industria argentina a la competencia extranjera. Los industriales en cambio demandaban protección para la industria, pidiendo que se restringiera la importación de mercancías, atrayendo así al país capitales extranjeros que las producirían aquí. En eso consistía todo su nacionalismo. Pero a partir de 1930-1933, los terratenientes, perjudicados por la crisis mundial, se vuelven proteccionistas y apoyan el desarrollo industrial.

Es totalmente falso afirmar *en general* que para los terratenientes “la creación de un mercado interno no reviste el menor interés, puesto que éste es un asunto que corre a cargo del imperialismo”.⁴² En realidad cuando el imperialismo le compra poco y a mal precio la creación de un mercado interno reviste el máximo interés para la burguesía terrateniente, que así procura disminuir y compensar las pérdidas que sufre en el mercado mundial.

El aislamiento en que nos ha colocado un mundo dislocado —declara en 1933 el ministro de Agricultura, gran estancieró y ex presidente de la Sociedad Rural Argentina— nos obliga a fabricar en el país lo que ya no podemos adquirir en los países que no nos compran.⁴³

Y el presidente de la Sociedad Rural Argentina, interrogado acerca de si en vista de que se vislumbra “una perspectiva aún más difícil para nuestras exportaciones agropecuarias”, está de acuerdo en que “se requiere aumentar el poder de absorción del mercado interno y fomentar la organización industrial del país”, responde:

Estoy completamente de acuerdo con esa orientación general de nuestra política económica y en el espíritu nuevo que la inspira y la domina. Deseo, ante todo, aclarar este punto: contrariamente a lo que se ha dicho muchas veces, sin la menor razón, nosotros, representantes de las industrias agropecuarias, descartamos en absoluto la idea de antagonismos de cualquier clase entre los intereses y aspiraciones de la economía agrícola y las aspiraciones de la clase industrial de nuestro país. Nos encontramos todos de acuerdo en la necesidad y utilidad nacional de ayudar a la organización industrial. Todo lo que se podría hacer para fomentar nuestra producción industrial ayudaría seguramente al país a salir de las dificultades que también vemos con creciente ansiedad acercarse a consecuencia del cierre progresivo de los mercados europeos.⁴⁴

Precisamente por decisión de la burguesía terrateniente se inicia con Uriburu, y sobre todo con Justo-Pinedo, una política de fomento industrial que acelera tremendamente el desarrollo de la industria. Se ha dicho con abundante desprecio por la verdad que ese formidable desarrollo industrial fue “cosa no prevista ni deseada por la oligarquía”.⁴⁵ Pero esto es falso. La burguesía terrateniente previó y deseó el desarrollo industrial. Ya en 1933, Pinedo declaraba que

la ejecución de un vasto programa de obras públicas se traduciría en el aumento de la demanda de gran cantidad y variedad de mercaderías que la Argentina produce o puede producir. Y aquí llegamos a un punto que es necesario señalar: el control preventivo de las importaciones nos permitirá que esa demanda no estimule las importaciones y se emplee en promover las actividades económicas internas.⁴⁶

Y en 1934 el Banco de la Nación decía en su *Memoria* que

la disminución de las importaciones significará un nuevo estímulo para el desenvolvimiento de las industrias nacionales, que en los últimos tiempos han realizado un sorprendente progreso. El Banco trata de apoyarlas en la medida de sus recursos.

Por su parte el Banco Central decía en la *Memoria* de 1938 que la restricción de las importaciones hacía lógico esperar que

como está sucediendo, el poder adquisitivo que no puede ya estimular desproporcionadamente la importación, se desviará en gran parte hacia la industria.

En fin, los propios industriales comprendían que el gobierno de los terratenientes estimulaba conscientemente la industria, y por boca del presidente de la UIA expresaban su satisfacción al observar que el gobierno de Justo no omitía esfuerzos "para asegurar el desarrollo de las industrias como una de las fuentes de mejoramiento económico que el país reclamaba".⁴⁷

La industria, la "clase alta" y el alto analfabetismo de los sociólogos profesionales

El problema de las relaciones entre industriales y estancieros se presta admirablemente para un estudio cuantitativo del monto de incultura histórica prevaleciente.

Contémplese el caso del profesor José Luis de Imaz, quien realiza una encuesta entre la clase alta de Buenos Aires con el patrocinio de la Universidad de Buenos Aires "mediante una beca concedida a su investigador responsable, bajo la dirección y control del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras y utilizando elementos de trabajo de éste",⁴⁸ según reza la presentación (pág. 3). El profesor Imaz formuló a una muestra integrada por los círculos más altos de la clase estancieril una pregunta relativa a las perspectivas deseadas para la economía argentina. Y, desprovisto de sorpresa, el profesor halló que las respuestas indicativas de una actitud netamente "industrialista" (N = 19) quintuplicaban a las respuestas reveladoras de una actitud netamente "agropecuaria" (N = 4). Más aún: entre quienes son miembros de la Sociedad Rural, siete manifiestan opiniones exclusivamente industrialistas.⁴⁹

"Este hecho es singular y llama poderosamente la atención", exclama el profesor Imaz.⁵⁰ ¡Qué sabroso apareamiento de puerilidad escolar y pomposidad académica! Para cualquiera que esté mínimamente familiarizado con la trayectoria histórica de los estancieros argentinos esos hechos tienen tanto de sorprendente o novedoso como la esfericidad de la tierra. Pero la historia es libro herméticamente cerrado para estos mediocres técnicos en encuestas también llamados sociólogos profesionales. Por eso el profesor Imaz, a falta de cultura histórica, en ausencia de la imaginación sociológica que reclamaba Wright Mills, se atreve a "formular una hipótesis, que como tal, quedará en el terreno de lo presumible, lo contingente y dudoso".⁵¹

La hipótesis es la siguiente:

Tal magnitud tuvo tiempo atrás la campaña publicitaria y periodística tendiente a identificar como "reaccionarios" a quienes se expresasen en favor del mantenimiento de una política agropecuaria y como "nacionalistas" y "progresistas" a quienes opinaran lo contrario, que muchos de los encuestados tuvieron presente ese hecho y suministraron respuestas de tipo motivacional, claras y expresas, precisamente para ponerse en resguardo frente al encuestado.⁵²

O sea, en buen romance, que los estancieros no son realmente partidarios del crecimiento industrial, sino que mintieron y fingieron serlo para no aparecer como reaccionarios ante los sofisticados encuestadores del agudísimo profesor don José Luis de Imaz. ¿Hipótesis presumible? Sólo para analfabetos. ¿Contingente y dudosa? En grado sumo. ¿Jocosa? También. Pero por sobre todo ignorante. Ignorante en una medida que linda con la indignidad, porque quien stampa estos balbuceos inconscientes es un profesor, y la condición de profesor exige mayor responsabilidad intelectual, aun cuando se trate de profesados baratos como los que otorga el Instituto de Sociología.

Para ilustración del profesor Imaz y sus alumnos, transcribimos a continuación algunos de los muchos documentos que muestran y explican cómo y por qué los estancieros argentinos han auspiciado y han estimulado el crecimiento industrial en los hechos desde el siglo pasado mucho antes que los encuestadores del profesor Imaz les impulsaran a "fingirse" industrialistas.

Y, en atención al esclarecimiento del profesor Imaz sea dicho, lo que sigue no son hipótesis sino hechos. *The hard facts of life...*⁵³

Otro caso sorprendente de falta de cultura histórica y carencia de imaginación sociológica lo constituye el sociólogo Hugo Berlatzky, perteneciente también, no hace falta decirlo, al personal de Gino Germani y Asociados, sociedad de encuestas y autobombos más conocida como Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires.

El sociólogo Berlatzky se propuso establecer con precisión cuantitativa si entre el sector industrial y el sector agropecuario existe en la Argentina conflicto o colaboración. Para ello efectuó un trabajo serio y meritorio (que por lo demás ya otros habían realizado diez años antes): leyó y analizó las publicaciones de la Unión Industrial Argentina, y pasó revista a los contactos entre los dirigentes de la industria y la Sociedad Rural Argentina. Como no podía menos de suceder, el sociólogo Berlatzky constató lo que

otros habían constatado ya años atrás: a) los industriales siempre se manifestaron amigos de los estancieros y negaron tener intereses antagónicos; b) los dirigentes de la industria pertenecían a la Sociedad Rural y/o mantenían intenso y amistoso contacto social con los estancieros.

Sin embargo el sociólogo Berlitzky titula a su trabajo "un caso especial de conflicto" y no, como se desprende de los resultados, "un caso especial de colaboración". ¿Acaso se trata de que este sociólogo no sabe escribir? Peor aún. No sabe pensar. En efecto. Realizó su trabajo y organizó su material sólo en base a dos coordenadas: la variable "contacto social" y la variable "enfrentamiento económico". Y halló que el monto de "contacto social" entre industriales y estancieros es tan grande que contrapesa y anula al monto de "enfrentamiento económico". Pero el "enfrentamiento económico" sería según Berlitzky inexorable y eterno, porque se basa en el hecho, inamovible para Berlitzky, de que siempre y en todo momento los estancieros estarían contra la protección a la industria porque ello les impediría colocar sus productos en el mercado mundial. Como ignora la historia y carece de imaginación sociológica, este sociólogo no fue capaz de advertir que su variable "enfrentamiento económico", lejos de ser una constante autónoma e inmutable tal cual él la presenta, es una variable que cambia de signo según la situación del mercado mundial y según la relación entre los estancieros y los países compradores de sus productos. Cuando esta relación es mala para los estancieros —y lo ha sido infinidad de veces— los estancieros lejos de oponerse a la protección a la industria la promueven activamente, con el resultado de que la variable "enfrentamiento económico" se transforma entonces en la variable "colaboración económica" entre estancieros e industriales.

¿Que es demasiada severidad exigir imaginación sociológica o cultura histórica a los jóvenes sociólogos mentalmente aletargados por la apresurada ingesta de tautologías parsonianas? Sea. Pero al menos deberían saber leer, y tener cierta facilidad para la analogía, esa forma elemental del razonamiento. A comienzos de este siglo, analizando el desarrollo del capitalismo en Alemania y en general en todo el continente europeo, Hilferding señalaba que el cese de la exportación de productos agrícolas hizo de los terratenientes unos defensores del arancel proteccionista para la industria; que el desarrollo industrial beneficiaba a los terratenien-

tes dándoles la posibilidad de desarrollar las industrias de la destilería, cervecería, fabricación de azúcar, etc.; que el excedente de ingresos de los terratenientes tuvo que buscar empleo en inversiones provechosas en la industria transformando a la clase latifundista de una clase cuyos ingresos aflúan de rentas de bienes raíces en una cuyos ingresos aflúan en proporciones crecientes del beneficio industrial, etcétera.

El capital imperialista en la industria argentina

Todo lo anterior quiere decir que si de liquidar a la obligarquía terrateniente se trata, es preciso no contar con la burguesía industrial. Mucho es lo que une a estas clases, social y económicamente, como para que sus roces vayan mucho más allá del intercambio de solicitadas a favor o en contra de la importación de tractores.

Pero si estrecha es la vinculación entre la burguesía industrial y los terratenientes, íntimas son también las ataduras que la unen al capital financiero internacional. Don Arturo Frondizi, atleta del macaneo, escribió en su libro sobre el petróleo que "nuestra industria se desarrolló luchando especialmente contra el capital extranjero, dado que éste quería mantener el mercado de importación para sus productos manufacturados"⁵⁴ En realidad, la industria argentina luchó contra el capital extranjero invertido en la industria extranjera, pero se unió siempre gustosamente al capital internacional invertido en nuestro país —o nació directamente como una creación del mismo. El *alma mater* de las más importantes empresas que marcan el punto de partida de la gran industria en la Argentina fue Tornquist, notorio agente del capital financiero internacional. Tornquist funda en 1887 la Refinería de Rosario y más tarde la Compañía Azucarera Tucumana. En 1891 adquiere el frigorífico Sansinena. En 1897 participa en la fundación de Cervecería Palermo. En 1902 se asocia a los talleres metalúrgicos Rezzónico, Ottonello y Cía., que luego se transformarían en Tamet. En 1907 establece la Compañía de Productos Conen (estearina, glicerina, velas, jabón y ácido sulfúrico) y funda asimismo Ferrum, empresa metalúrgica. El otro grupo financiero que también promueve industrias en la primera década del siglo XX es Leng Roberts, consorcio inglés que participa en Bodegas Tomba, Bagley y otras importantes empresas.

Un informe de la Casa Baring, fechado en agosto de 1907, tras señalar que: "en los últimos dos o tres años el desarrollo de las empresas industriales ha crecido rápidamente" indica que "naturalmente [!] en las empresas industriales se emplea mucho capital extranjero". Y efectivamente, las empresas industriales que no eran desde el comienzo criaturas extranjeras sólo llegaron a ser grandes empresas cuando estrecharon vínculos con el capital financiero internacional. Tal el caso de Tamet y Siam, dos puntales de la industria metalúrgica, o de Alpargatas. Los antecedentes de Tamet se hallan en un pequeño taller establecido en 1880 que a comienzos del siglo fue absorbido por Tornquist y posteriormente se agrandó absorbiendo a otra empresa argentina, la Compañía Argentina de Hierros y Aceros de Pedro Vasena. Algo similar ocurrió con Siam cuando la empresa argentina Di Tella se convierte en 1927 en Sociedad Industrial Americana de Maquinarias Di Tella, pasando a depender del capital extranjero, particularmente de la Westinghouse yanqui. En cuanto a la Fábrica "Argentina" de Alpargatas, su iniciador fue un comerciante argentino y fabricante de alpargatas, que ya en la década del ochenta se transforma en satélite de los fabricantes ingleses de lona Douglas Fraser y Sons.⁵⁵ En la industria azucarera, abundante documentación confirma la afirmación de Schlej, estudioso de esa industria, de que a medida que la industria progresa "los capitales extranjeros, técnica y financieramente capacitados, desplazan a una parte de los capitales genuinamente nacionales y se apoderan de la dirección de la industria".

En los últimos tiempos, tanto como en los primeros estadios de su evolución, la industria nacional se vincula con el imperialismo apenas alcanza cierto grado de desarrollo. Es públicamente notorio lo ocurrido con la fabricación de automotores. Pero en todas las industrias ocurre algo similar. ¿Una firma (Heinonen Sociedad Anónima, Comercial e Industrial) piensa instalar una fábrica de papel y cartón? Pues bien: inicia gestiones en Estados Unidos para lograr la colaboración del capital americano.⁵⁶ ¿Un industrial argentino posee la única fábrica de máquinas de escribir existente en el país y quiere ampliar sus ganancias? Claro está, la entrega a la Remington Rand y se queda con un interés minoritario. Tal lo ocurrido con la fábrica EMA.⁵⁷ Y así hasta el infinito en todas las ramas de la industria. ¿La Fábrica Argentina de Lápices quiere instalar una nueva fábrica? Pues se asocia a la empresa americana Eberhard Faber Pencil Co, etc., etc.

Los íntimos lazos que desde su nacimiento vinculan a la burguesía industrial argentina con el imperialismo se manifiestan también en la composición de sus organizaciones. Entre los más destacados socios fundadores de la Unión Industrial Argentina se hallaban notorios socios del capital extranjero como Otto Bemberg, Bagley, Campomar, Conen, Noel, Rigolleau, Shaw, Tornquist, Urien. Y los presidentes de la institución fueron hombres como Padilla (Standard Oil) o Luis Colombo, reconocido agente del grupo Leng Roberts, uno de los baluartes del capital financiero inglés en la Argentina.⁵⁸

De modo que cuando Rodolfo Puiggrós afirma en su libro sobre los partidos políticos que "la verdad es que la industria nacional progresó en pugna con el imperialismo y no como apéndice del imperialismo", está diciendo una redonda inexactitud contradicha por toda la historia de la industria.

Los dos mejores conocedores de la economía industrial argentina, Adolfo Dorfman y Félix Weil, coinciden en afirmar rotundamente el papel decisivo que tiene el capital imperialista en la industria nacional.

Dorfman señala en primer término que las filiales de empresas imperialistas, fáciles de reconocer porque llevan el nombre de la casa matriz, constituyen sólo una de las formas en que se invierte el capital financiero internacional y luego dice que

fuera de estas formas desembozadas de relación financiera con el capital extranjero, pueden señalarse varias fases intermedias, como por ejemplo las compañías parte de cuyas acciones han pasado al poder de entes comerciales o financieros no argentinos, industrias que se han establecido gracias a préstamos logrados en bancos extranjeros, etc. Estudiar en detalle las diferentes formas en que se manifiesta la incidencia de intereses extranjeros sobre la industria argentina sería labor improba y larga. Es muy poco lo que podemos decir en cifras concretas sobre este particular, dada la extrema complejidad de las relaciones financieras que se operan en el campo industrial moderno. Lo que evidentemente no puede ponerse en tela de juicio es que esa influencia es grande.

Tomando en consideración sólo las empresas más notables y más notoriamente respaldadas, directa o indirectamente, por capitales formados en el extranjero, Dorfman llega a la conclusión de que los capitales imperialistas constituyen

la mitad del capital total de la industria argentina, a pesar de que la información suministrada es evidentemente trunca. Así, pues, una parte considerable de los capitales invertidos en fábricas que funcionan dentro del territorio argentino no son

nacionales; derivan y dependen de grupos industriales o financieros con ramificaciones en todo el mundo, que también aquí ejercen su acción.⁵⁹

Más de la mitad de la industria —y con certeza todas las grandes empresas— está controlada desde el extranjero. Tal es la descripción que hace Weil de la industria argentina. Y agrega que “las palabras ‘argentina’ o ‘nacional’ en el nombre de una compañía deben considerarse como signo seguro de un intento extranjero de ocultarse tras un disfraz nacional”. Este testimonio tiene un valor inmenso, porque Weil fue director de relaciones públicas de Bunge y Born; fue quien redactó para Pinedo la ley de impuesto a los réditos y conoce desde adentro los entretelones del capitalismo argentino.⁶⁰

Veinte años después de Weil, el Ministerio de Educación y Justicia de la Nación decretaba “que sólo podrán usar las expresiones ‘argentina’ o ‘de Argentina’ aquellas sociedades que acrediten su efectiva dependencia económica o jurídica respecto de entidades extranjeras.”⁶¹

Nosotros agregaremos que de las empresas industriales que cotizan sus acciones en la Bolsa de Buenos Aires se cuentan con los dedos las que no están ligadas al capital imperialista. Y un dato final: según declaración de las propias empresas (aparecida en *La Nación*, el 17 de diciembre de 1955) un grupo de 53 empresas que abarcan diversas industrias abastecen alrededor del 40% del consumo de productos industriales. De ellas no llegan a 15 las que, *aparentemente*, no tienen vinculación con consorcios internacionales. Cuarenta de esas empresas decisivas de la industria nacional están íntimamente ligadas al capital imperialista. En la industria textil, que es donde más abunda el capital nacional, las empresas más poderosas (Alpargatas, Masllorens, Fabril Financiera, Textil Oeste, Sudamtex, Sedalana, etc.) están vinculadas en un grado u otro al capital extranjero. Por eso, como dice Weil, la lista de las principales empresas industriales argentinas parece una crónica de los grandes consorcios internacionales asistentes a las reuniones de la Cámara Internacional de Comercio.

En 1954 la revista de la Confederación General Económica seleccionó un grupo de cien empresas consideradas como las más importantes para la Argentina por los beneficios que sus actividades reportan al país. De esas cien empresas por lo menos 89 pertenecen a o están íntimamente vinculadas con el capital extranjero.

Y hay más. Ocho empresas abiertamente norteamericanas, listadas como tales en la Guía de la Cámara de Comercio Norteamericana en la Argentina, poseen el

22% del total de ventas realizadas por las sociedades anónimas industriales en el ramo Vehículos y Maquinarias. En Máquinas y Aparatos Eléctricos, siete empresas norteamericanas poseen el 19,2% de las ventas; en el ramo Química, trece empresas norteamericanas tienen el 15,6% de las ventas; y en Alimentos, Bebidas y Tabaco 18,8% de las ventas pertenecen a cinco firmas norteamericanas.⁶²

Por otra parte, las más significativas empresas metalúrgicas instaladas en los últimos tiempos también se hallan ligadas al capital imperialista. Tal es el caso de SIAT (Siam-Westinghouse) y de ARTAC (Acevedo y Shaw, Garavaglio y Zorraquín, Tornquist, Republic Steel Corp., otra de las diez mayores empresas siderúrgicas de Estados Unidos). Otras fábricas importantes, como la establecida hace unos años en Haedo para producir caños soldados en espiral, pertenecen también a la American Rolling Mill Co.

La génesis de los más notables puntales de la industria química argentina es no menos significativa que la de “nuestra” industria siderúrgica. Transcribimos las conclusiones de una investigación del senado norteamericano sobre los carteles internacionales:

La política sudamericana de du Pont e Imperial Chemical Industries (ICI) es similar a su política canadiense. Para evitar conflictos de intereses, para fortalecer su posición conjunta en esos mercados y para contrarrestar el crecimiento de las industrias locales estimuladas por el nacionalismo económico, du Pont e ICI organizaron Duperial Argentina en 1934 y Duperial Brasil en 1936. En ambas empresas la participación de du Pont e ICI era 50% y 50%; transfirieron a estas compañías sus fábricas locales y agencias de venta y les concedieron derechos exclusivos para producir y vender algunas líneas de productos químicos en sus respectivos territorios.

Otro acuerdo, también del mismo tipo, ayudó a proteger los intereses de du Pont e ICI en materia de álcalis. Durante los años treinta, un gran fabricante de papel, La Celulosa Argentina S.A. construyó una planta electrolítica para satisfacer sus necesidades de soda cáustica.

Duperial y La Celulosa organizaron una nueva compañía, Electroclor S.A. Argentina, tomando cada una 50% del capital.⁶³

La muy joven industria del automóvil sigue los pasos de la siderurgia y la química. Se halla íntegramente en manos del capital internacional: tres firmas norteamericanas que en 1963 concentraban el 45,6% de las ventas (IKA, General Motors, Ford, con ventas por pesos 8 319 252 000 sobre un total de \$ 18 279 903 000 vendidos por toda la industria) y seis firmas europeas que significaban el 44,7% de las ventas (Fiat, Peugeot, Di Tella-British Motors, Citroen, DKW, Isard, con \$ 8 164 233 000).

En cuanto a la fabricación de repuestos para automotores, está en gran parte controlada por el imperialismo a través de la concesión de patentes y licencias de fabricación. La fábrica de aros de pistón construida hace unos años en Rosario, la más moderna en su especie, gira en la órbita de Borg Warner International Corporation y Burd Piston Ring Corporation.

Significación de las empresas ligadas al capital extranjero

El número de empresas industriales que producen para el mercado interno argentino y a las cuales en la actualidad (es decir, sin revisar los archivos de todas las empresas) es posible descubrirles conexiones con el capital internacional oscila alrededor del medio millar. Cantidad insignificante si se la compara con las decenas de miles de establecimientos industriales que hay en el país. Los profesores adocenados por la burguesía imperialista o nacional utilizan precisamente esta comparación para demostrar que la importancia del capital extranjero en la industria argentina es insignificante. Pero mienten, puesto que ignoran de intento la ley de concentración y centralización del capital, que actúa con fuerza particular en la industria argentina y origina una situación en la cual el capital financiero internacional posee o controla sólo un pequeñísimo número de establecimientos que son los que ocupan la mayoría aplastante de los obreros y arrojan la mayoría aplastante de la producción.

Y éstas son las empresas que controla el capital internacional, quien no controla el mayor número de empresas industriales en general, pero posee la mayor parte de las grandes empresas, que marcan el ritmo de cada industria, que cuentan miles de obreros y producen el grueso de la producción industrial del país.

Para ilustrar lo que significa la concentración y centralización del capital, observaremos que, por ejemplo, un solo consorcio internacional (Fabril Financiera) emplea tantos obreros como 12 000 establecimientos nacionales y su capital asciende a tanto como tres veces el producto anual de 28 000 establecimientos nacionales. En su conjunto, la industria argentina presenta una situación similar en rasgos generales a la descrita recientemente en la industria minera por la Unión Minera Argentina. Existe la gran empresa, en su mayoría con capital extranjero, que posee gran

desarrollo técnico y está altamente mecanizada; existe la mediana empresa constituida por capital argentino con desarrollo técnico, pero existe la pequeña empresa, con precarios medios económicos y sin ninguna mecanización. Corresponden al primer tipo el 77% de la producción, al segundo el 20% y al tercero un mezcquino 3%.⁶⁴

Su concentración en grandes empresas otorga al capital internacional un peso específico aplastante en el conjunto de la industria.

La influencia de una gran compañía — afirma la obra clásica sobre el tema de la concentración y centralización del capital — se extiende mucho más allá de las inversiones bajo su control. Las pequeñas empresas que compran o venden a las grandes compañías son influenciadas por ellas en mucho mayor grado que por las restantes pequeñas empresas. En muchos casos la sostenida prosperidad de las compañías pequeñas depende del favor de las grandes y casi inevitablemente los intereses de las últimas se convierten en los intereses de las primeras.⁶⁵

Estos hechos son escamoteados por los agentes del capital financiero, interesados en ocultar su presencia aplastante. Un ejemplo lo da Wythe en su conocida obra sobre la industria latinoamericana, donde afirma, refiriéndose a la Argentina, que:

El Censo Industrial de 1935 calculaba el total de las inversiones industriales en 4314 millones de pesos. El censo no indica el importe de las inversiones extranjeras en la industria, pero puede calcularse en unos 600 millones de pesos. Por consiguiente, entre el 60 y el 65% del capital total industrial era argentino.⁶⁶

Wythe oculta cuidadosamente que, en virtud de la aguda concentración y centralización de la industria argentina, el pequeño número de grandes empresas controladas por el capital extranjero tiene un peso específico infinitamente superior al de miles de empresas nacionales. Trabajando con honradez los datos del mismo censo de 1935, Dorfman demostró que un poco más de la centésima parte de las empresas industriales — ligadas al extranjero — ocupaban casi la tercera parte del personal obrero y arrojaban la mitad del valor de la producción. En cambio, los establecimientos chicos sumaban la octava parte del total, ocupaban la veinteva parte de los obreros y producían por valor de... la centésima parte. El contraste no puede ser más evidente. Más aún: 700 grandes empresas que, de acuerdo con la clasificación del censo de 1935, abarcaban arriba de cien obreros cada una, arrojaban igual monto de ganancias que 39 600 fábricas de menor cuantía.⁶⁷

Capital nacional y capital foráneo. La burguesía nacional en su rol de testaferro del capital internacional

Las nuevas inversiones extranjeras tienden a encubrirse con la nacionalidad del país donde se radican a fin de gozar de la protección que se acuerda a las industrias "nacionales". Para controlar a las empresas que posee en otro país y son aparentemente independientes, el capital internacional se vale, en general, de los mismos métodos que en las metrópolis permiten a los grandes consorcios controlar inmensas constelaciones de empresas. Los procedimientos básicos mediante los cuales una empresa puede controlar a otra son la propiedad total, la participación minoritaria, las acciones preferidas, las cadenas de empresas, la dirección técnica o la concesión de patentes y licencias de fabricación, y todas las múltiples combinaciones posibles entre estos métodos.⁶⁸

Por otra parte, las empresas están a veces ligadas por acuerdos informales o indirectos más que por la propiedad formal de acciones. El intercambio de directores o la comunidad de intereses basada en el parentesco pueden establecer una política común entre sociedades que nominalmente están desvinculadas.⁶⁹

Descubrir esas combinaciones es tanto más difícil cuanto que la oligarquía financiera guarda un cuidadoso secreto conspirativo en torno a sus actividades, de lo cual da una idea un memorándum del presidente de Rohm & Hagg, que informa sobre la conferencia mantenida con un dirigente de du Pont de Nemours:

Repetió constantemente que no existe la menor posibilidad de que Imperial Chemical penetre en el mercado norteamericano, pero du Pont teme escribir una carta al respecto, porque en caso de una investigación de su firma los políticos pueden utilizar esa carta para demostrar que el mundo está repartido entre Imperial Chemical y du Pont.⁷⁰

El capital internacional hace todo lo posible para ocultarse tras las burguesías nativas de los países atrasados y convertirlas en sus testaferros.

Mucho puede decirse —afirma un experto— en favor de la realización de las inversiones directas en condiciones que permitan la participación de los nacionales del país importador de capital. Esta medida sirve para "nacionalizar" las empresas financiadas por el capital extranjero, para reducir la fricción generada habitualmente por el capital ausentista y, así, para contrarrestar los movimientos hacia la expropiación y varias formas de impuestos y otras discriminaciones nacionales.⁷¹

Muchos inversores imperialistas

reconocen que la participación local es un progreso saludable que aumenta el interés del gobierno en el bienestar de la empresa, [y por eso] están haciendo un esfuerzo consciente y pronunciado para estimular la participación local. Parece que la mayoría de los inversores reconocen ahora la necesidad de alguna participación local en Sudamérica.⁷²

Y un estudio de *Business Week* sobre el capital yanqui en América Latina afirma que las empresas norteamericanas "cada vez tienden a dar mayor participación al capital local".⁷³

Refiriéndose a la industria argentina, dice Weil que hay razones para dudar de la autenticidad del así llamado capital nacional. Puesto que en la Argentina la forma predominante de empresa es la sociedad anónima —agrega—, habitualmente con participaciones al portador, la identidad de los accionistas puede ser fácilmente ocultada. Los directores y funcionarios pueden ser todos de distinguidas familias nativas, el nombre de la compañía puede contener las palabras "nacional" o "Argentina", y sin embargo la empresa puede hallarse controlada desde el extranjero. De hecho, las palabras "nacional" o "Argentina" en el nombre de una empresa huelen a control extranjero. Pero es preciso aclarar —continúa Weil— cuál es el concepto de empresa "extranjera", ya que la Argentina constituye un ejemplo destacado de las dificultades que se presentan para distinguir entre capital nacional y extranjero, particularmente en lo que se refiere a la industria. Para los objetivos prácticos de la tasación, las estadísticas sobre comercio y propiedad, etc., una compañía organizada bajo las leyes argentinas es una compañía nacional, aun si la propiedad de su capital o una parte decisiva se halla vinculada a propietarios extranjeros. Pero tratándose del fenómeno sociológico de la dominación extranjera, debe aplicarse otro criterio que el meramente formal. Y se requiere algún conocimiento interno del problema para reconocer al capital extranjero bajo su disfraz nacional.

Como queriendo confirmar todo eso punto por punto, el vocero de los intereses británicos en Argentina publicó un artículo que es algo así como una confesión de parte, afirmando:

Muchas de las compañías a que nos referimos se hallan registradas como sociedades anónimas argentinas, pero el hecho de que son fundamentalmente de

propiedad británica es ampliamente conocido. El carácter esencialmente británico de esas sociedades anónimas locales...⁷⁴

Sobre esta cuestión de las empresas "nacionales" ocurren cosas pintorescas y reveladoras. Siam di Tella, por ejemplo, es aparentemente una empresa argentina, registrada bajo la ley argentina, que cotiza sus acciones en la Bolsa de Buenos Aires, etc. Sin embargo, su interdicción en 1955 provocó la reacción de la Westinghouse, supertrust que aparentemente nada tiene que ver con Siam, aunque en realidad la tiene bajo su control. Pero es que el cinismo del capital internacional para disfrazarse de "empresa 100% argentina" no reconoce límites. Véase, si no, la siguiente declaración del señor director gerente de Relaciones Públicas de Esso, empresa que hasta los funcionarios de la CEPAL saben que es una filial de la Standard Oil de New Jersey:

Mi preocupación inicial fue destacar que Esso era y es una empresa argentina, casi el 90% de sus empleados argentinos, identificada con ideales argentinos y sin ninguna gravitación al respecto por el origen de su capital norteamericano.⁷⁵

Existen afortunadamente algunos documentos que permiten comprobar cómo los grandes figurones de la burguesía argentina sirven de testaferros al capital imperialista sentándose en los directorios de las grandes empresas "argentinas" controladas desde el extranjero. El *Informe de la Comisión Investigadora de las Concesiones Eléctricas* (el famoso informe de la Comisión Rodríguez Conde) dice en su página 446 y siguientes (los números entre paréntesis corresponden a los párrafos en que se halla dividido el informe):

(790) La composición del directorio de la Sociedad Anónima Compañía Argentina de Electricidad (CADE) es ilegal. Infringe los artículos 336 y 339 del Código de Comercio.

Doctor Oliver.— En realidad, los directores locales, por más que lleven el nombre de directores, no dirigen nada, no tienen ni voz ni voto, y reciben su nombramiento y las órdenes de la CHADE de Europa. Son más bien mandatarios que directores, porque la dirección evidentemente no les pertenece.

Como es sabido, ante la presión norteamericana el gobierno argentino se incautó en 1945 de las propiedades que el capital alemán tenía en el país. Una parte muy importante la formaban empresas industriales, que marchaban en los primeros puestos de la industria "nacional": Thyssen Lametal, Tubos Manessman,

Inag, Sema, Siemens, AEG, Osram, GEOPE, Bayer, Schering, etc. Todas estas empresas fueron agrupadas en la Dirección Nacional de Industrias del Estado (DINIE). En un mensaje referente a las actividades de este organismo, dirigido por el Poder Ejecutivo al Congreso, se lee:

Todas las empresas cuyo control tomó el gobierno argentino cumpliendo compromisos internacionales derivados del estado de guerra, eran empresas dependientes de holdings y carteles enemigos, y ésta es la razón de su toma de control por el Estado. Es decir, que empresas constituidas y radicadas en territorio argentino, bajo las leyes argentinas, dependían en todas sus decisiones, aun en las más mínimas y de la manera más absoluta, como se ha podido comprobar en casos concretos, de organizaciones que respondían a intereses y políticas extranjeros.⁷⁶

Ahora bien: esas empresas no sólo estaban "constituidas y radicadas en territorio argentino, bajo las leyes argentinas", sino que en sus directorios figuraban los más destacados burgueses nacionales: Alejandro Shaw, Basilio Pertiné, Zorraquín, García Merou, Ernesto Aguirre, Carlos Agote, Eduardo Sánchez Terro, Carlos Meyer Pellegrini, Joaquín S. de Anchorena, Robirosa, Julio César Urien, Carlos Santamarina, Ramón S. Castillo (h.), Antonio Méndez Delfino. Todos estos señores, flor y nata de la burguesía argentina, eran testaferros del capital financiero internacional. Salta a la vista todo el crédito que merece la argentinidad de las empresas nacionales en cuyos directorios se sientan.

¿Existe una burguesía industrial "de base objetiva no conciliadora" con el capital extranjero?

El señor Juan Carlos Esteban postula, y por lo tanto se autoexime de demostrar, la escisión de la burguesía industrial argentina en dos sectores. Uno, "la burguesía industrial conciliadora", cuya política es "desarrollo monopolista y centralizado en algunas ramas de la industria bajo la tutela del capital financiero yanqui".⁷⁷ El otro sector —siempre según Esteban— sería "la burguesía industrial de base objetiva no conciliadora", acerca de cuya política nada dice Esteban.⁷⁸

En verdad, todos los sectores de la burguesía industrial necesitan de y aspiran a la asociación con el capital extranjero, y no existe ninguna "base objetiva" que impida a los industriales criollos formar sociedades con el capital internacional —aunque sí

existen infinidad de forcejeos y recondicionamientos en torno a los términos y condiciones en que se constituye la sociedad. Lo único que impediría la conciliación entre industriales argentinos y capitales imperialistas sería una situación en que a) el capital imperialista se juramentase a no invertir un solo dólar en la industria argentina, o a invertirlo sólo en competencia pero jamás en asociación ni directa (por inversión) ni indirecta (por creación de mercado) con la burguesía argentina, y/o, b) los industriales argentinos, satisfechas para siempre todas sus necesidades de capital y de clientes, se juramentasen a no asociarse con capitales extranjeros y a no transformarse en proveedores de empresas extranjeras radicadas en el país.

Mientras esa situación no exista —y basta describirla en voz alta para darse cuenta de que su presencia está descartada— existirán sobradas bases objetivas para la conciliación y el acuerdo entre los industriales criollos y el capital imperialista, cuenten o no con la venia de don Juan Carlos Esteban y su Movimiento Obrero Comunista.

La historia de la industria argentina no deja dudas al respecto. Toda firma nacional, grande, mediana o pequeña, apenas advierte la necesidad de ampliar o consolidar sus operaciones acude en busca del capital, las patentes o las licencias imperialistas, y de esta ley de tendencia no están excluidos ni los fabricantes de garrafas. En la industria metalúrgica, campo predilecto de todos los buscadores y fabricantes de industriales nacionalistas, es significativa la trayectoria de empresas como Rosatti y Cristofaro, Cura, Protto Hnos, Fundación Mira, etc., como lo es también la trayectoria de la multitud de pequeñas empresas que se han asociado al capital imperialista para fabricar heladeras, televisores, lavarropas, acondicionadores, repuestos para automotores, etcétera.

Unidad de clases poseedoras entre industriales, estancieros y capitalistas extranjeros

Cualesquiera sean las diferencias entre burguesía terrateniente y burguesía industrial, hay entre ellas una unidad profunda, de clase, en torno a la defensa de la propiedad privada de los medios de producción, que asegura para ambas el derecho a explotar la fuerza de trabajo de obreros y peones.

La expropiación de los terratenientes y del capital extranjero implica un golpe contra la propiedad privada, que haría cimbrar toda la situación de las clases dominantes, industriales incluidos. Más todavía. La expropiación de los terratenientes y del capital imperialista es inconcebible sin movilizaciones revolucionarias de masas, que —de triunfar— inevitablemente reconocerán como dirigente a la clase obrera, que es el enemigo más temido por la burguesía industrial. Con esto, los industriales tienen bastante para contentarse con la situación existente.

El terror a la clase obrera une pues y mancomuna a la burguesía industrial con los terratenientes y el imperialismo.

Nacionalismo y mercado interno

Carece de toda seriedad la afirmación de que al producir para el mercado interno la burguesía industrial argentina “aspira inevitablemente a una política nacional” o “encuentra su razón de existencia en el marco de un desarrollo nacional”.⁷⁹

Es cierto que la industria argentina produce para el mercado interno, pero lo hace controlada desde el exterior por capitales internacionales y se vincula con ellos cada vez más. De la producción para el mercado interno no se deriva en modo alguno ninguna política inmanentemente nacional, y hay abundantes ejemplos que así lo prueban. Señalemos tan sólo que a lo largo de toda la historia de una institución sin duda nacional como YPF, generalmente ésta fue defendida por los estancieros de la zona litoral, prototipo de la burguesía que vende sus productos en el mercado mundial, mientras que sistemáticamente fue atacada con el propósito de destruirla, por industriales como Patrón Costas, prototipo de burgués industrial que vende en el mercado interno, pero aliado al capital yanqui a través de las inversiones de la Standard Oil en el petróleo del norte argentino.

La burguesía industrial en su rol de promotora de la expansión norteamericana en la Argentina

Hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial la República Argentina formaba parte del Imperio Británico en carácter de semicolonias. Pero a partir de ese momento se inicia uno de los

acontecimientos más importantes de la historia argentina: la violenta presión económica y política de Estados Unidos destinada a desplazar a Inglaterra como metrópoli dominante en el país, la creciente intervención norteamericana en la vida argentina y la división de todos los sectores de la clase dominante en un ala pro norteamericana y un ala pro inglesa. La intervención antiperonista del embajador Braden en las elecciones de 1946 fue el momento más pintoresco, pero no el único ni el más decisivo de los diversos momentos que caracterizaron la ofensiva norteamericana.

Los demás países latinoamericanos han perdido hasta la libertad de contratar —decía en 1942 el presidente Castillo— y han dejado de ser países libres. Para hacer cualquier transacción tienen que consultar a Estados Unidos. Somos actualmente el único país libre de América del Sur.

Sin embargo, agregaba,

no se puede negar que la situación se hace cada día más crítica con la presión norteamericana que hora tras hora aumenta su fuerza. Creo que nos van a seguir aplicando el torniquete; vamos a tener que luchar cada día con más dificultades.⁸⁰

Efectivamente, tan grande llega a ser la presión que en 1943, en vísperas de elecciones presidenciales, todos los posibles presidentes eran pro norteamericanos, tanto los conservadores Patrón Costas, Justo y Roca como el radical Alvear.

¿Cuál ha sido la actitud de la burguesía industrial argentina ante la ofensiva de Estados Unidos para alinear a la Argentina con el resto de sus semicolonias latinoamericanas?

Ya vimos cómo está ligada al capital imperialista la burguesía industrial, a quien sus apologistas gustan llamar *nacionalista*. Su mayor aspiración es ligarse todavía más. Hace poco estuvo en Nueva York un industrial argentino, presidente del directorio de Indasbest S.A., y formuló declaraciones categóricas:

La timidez del inversor argentino, y el defecto, si llamamos así a la improvisación industrial, necesitan para su corrección el impulso financiero y la orientación técnica que caracterizan a las inversiones de capital foráneo.⁸¹

Y que ésta no es la opinión de un industrial aislado lo revela la revista *Qué*, tan nacionalista ella, que insiste continuamente en “nuestra aspiración de incorporar al país los grandes capitales extranjeros que requiere el progreso de la economía nacional”.⁸²

De esta ansiedad con que la burguesía industrial argentina busca capitales extranjeros para apuntalar y ampliar sus empresas se desprende hoy una consecuencia de incalculable importancia. La burguesía industrial es pro norteamericana. Tiene puestas todas sus esperanzas en el capital americano, que tiene capacidad y deseo de introducirse todavía más en la industria argentina. La industria constituye el mayor rubro de las inversiones americanas en la Argentina.⁸³ Y es el campo más atractivo porque, como informaba la revista *U.S. News and World Report*, vocero del capital financiero norteamericano, las inversiones industriales en Argentina arrojan grandes ganancias (“large profits”), el mercado es bueno (“good market”), los impuestos reducidos (“low taxes”) y la fuerza de trabajo barata (“cheap labor”). Respecto a esto último se indica que, aunque en 1949 los salarios en Argentina eran dos o tres veces mayores que durante la guerra, aun así resultaban bajos en relación con los pagados en Estados Unidos (“low by United States standards”). Y poco después la misma fuente decía en un artículo sugestivamente titulado “Money to be made in Argentina”, que:

Las ganancias son considerablemente mayores que en Estados Unidos. Muchas firmas pagan dividendos de 25, 30 e incluso 40% anual. Incluso con control de las ganancias e impuestos a las ganancias extraordinarias los beneficios son por lo general dos o tres veces mayores que en Estados Unidos.⁸⁴

La burguesía industrial en su rol de agente nativo de penetración norteamericana en la sociedad argentina

En sus primeros tiempos la burguesía industrial argentina compartió la tradicional hostilidad de los estancieros de Buenos Aires, aliados de Inglaterra, ante el capital estadounidense. “Miramos con recelo —decía en 1912 la Unión Industrial Argentina— la posibilidad de una vinculación demasiado estrecha. El peligro yanqui perfilase de tal modo como algo no sólo adverso a la absoluta autonomía económica con que debemos complementar nuestra autonomía política”, y protestaba “contra la absorción norteamericana en América Central”. Sin embargo, en el mismo lugar cantaba loas al aumento de las inversiones inglesas en América Latina.⁸⁵ Pero esta actitud cambia a medida que el capital inglés se debilita y Estados Unidos se perfila como el único posible abastecedor de capital en grandes cantidades. El año

1940 marca el punto decisivo del viraje. Fue ése el año en que Federico Pinedo formula el primer plan de industrialización del país, llamado de Reactivación Económica, que mereció la calorosa ovación de la Unión Industrial Argentina. Después de formular ese plan, Pinedo comprende que la vieja metrópoli británica está agotada y es imposible desarrollar el capitalismo argentino sin la colaboración del capital yanqui. La industria argentina lo apoya en esta posición. En 1941 Pinedo viaja a Estados Unidos, y en Nueva York declara ante el Banker's Club:

Nosotros, argentinos, figuramos entre aquellos que con más frecuencia han incurrido en el grave error de mirar a Europa como el modelo principal y casi exclusivo, sin reparar con la debida atención que el mundo cambia de centro. Estamos obligados a reparar tan pronto como se pueda y tan completamente como seamos capaces de hacerlo, las consecuencias del relativo aislamiento en que hemos vivido con respecto a este país. Cuando la característica del comercio mundial estaba en el cambio de materias primas americanas por productos industriales europeos, acompañado de la intensa emigración a los diversos países americanos de hombres y capitales de Europa, toda tentativa de unificación o de simple aproximación entre las naciones de este continente que pudiera determinar directa o indirectamente un alejamiento de un país americano con respecto a Europa pudo lógicamente parecer un proyecto injustificado, si no irrealizable.

Pero, agregaba, ahora,

cuando la producción fabril de América sobrepasa en importantísimas ramas a las de todos los demás continentes; cuando sólo puede pensarse en América como proveedora de los capitales necesarios para la utilización de las grandes fuentes de riquezas que duermen inexploradas en todos nuestros países, puede decirse que muy poco subsiste de las condiciones económicas, patentes hasta el comienzo de este siglo, que explicaban nuestro pertinaz empeño en mirar con más interés a los países de Europa.

Lógicamente, los círculos dirigentes americanos consideraban que "Estados Unidos no tiene mejor amigo en Argentina que Pinedo".⁸⁷ Pero la política de Pinedo no era sólo suya, sino que la compartían la burguesía industrial y los políticos ligados a la industria como Patrón Costas, que eran partidarios de la activa colaboración con Estados Unidos y de la participación argentina en la guerra para lograr ayuda económica yanqui a fin de industrializar al país. Si Patrón Costas hubiera llegado a la presidencia de la República —y sólo el golpe del 4 de junio lo impidió—, hubiese puesto en práctica la política pro yanqui de

Pinedo, según propia confesión de éste.⁸⁸ Y precisamente la candidatura de Patrón Costas estaba apoyada por la burguesía industrial, cuyos más caracterizados representantes firmaron una solicitada aparecida en *El Mundo* el 3 de junio de 1943, apoyando a Patrón Costas para la presidencia.

Pinedo hablaba por todos esos intereses cuando en una carta al presidente Castillo pedía que Argentina entrara en la guerra porque

si Argentina quiere conservar sus características, si quiere mantener su vida civilizada, si aspira a defender su organización social y preservarse de sacudimientos violentísimos, necesita imperiosamente conservar sus relaciones con Estados Unidos. El que le diga a usted lo contrario no sabe lo que es la economía argentina, ni la producción, ni la industria, ni cuáles son las fuentes de aprovisionamiento, ni cuáles son los mercados posibles.⁸⁹

Los intereses norteamericanos no tardaron en advertir que su gran oportunidad para desplazar al capital inglés y debilitar a sus aliados históricos, los estancieros de Buenos Aires, consistía en promover y apoyar el desarrollo de la burguesía industrial, cuya influencia aumentaba al compás del crecimiento de la industria. Un dirigente de la Banca Schroeder, que visita el país con una misión norteamericana, escribe: "Se ha dicho muchas veces que los ingleses consideran a Argentina como una de sus colonias, y que Argentina y nosotros somos competidores naturales". Para cambiar tal situación en favor de Estados Unidos recomienda "la creciente industrialización de Argentina y nuestra cooperación en ella".⁹⁰

Un investigador yanqui afirma:

Debemos ganar la amistad de Argentina. Esto es fundamentalmente un problema de comercio y economía. Debemos hallar alguna forma para aliviar a la Argentina de su dependencia económica con respecto a Europa. Un camino es ayudarla a establecer nuevas industrias manufactureras.⁹¹

En fin, otro vocero yanqui manifiesta:

Las relaciones exteriores argentinas dependerán en el futuro, en gran medida, del surgimiento de nuevos intereses económicos y políticos. El continuado predominio de los intereses agrarios significaría el fortalecimiento de los lazos con Gran Bretaña, intensificación del bilateralismo y mayor restricción del mercado argentino para los artículos norteamericanos. Pero una Argentina industrial podría liberarse del mercado único para sus exportaciones y ofrecería un gran mercado

para las maquinarias norteamericanas. En una economía industrial desaparecerían las bases del antagonismo argentino hacia Estados Unidos.⁹²

En fin, el mejor especialista norteamericano en cuestiones argentinas, colaborador y admirador de Pinedo, considera el desarrollo industrial "the big chance for the United States" (la gran oportunidad para Estados Unidos), y escribe:

La evolución de Argentina de una economía predominantemente agraria a una economía industrializada brinda a Estados Unidos una oportunidad única para reemplazar a Gran Bretaña después de la guerra.⁹³

Pero el gobierno de Castillo permaneció fiel a la vieja metrópoli británica y a la tradición histórica de los estancieros de Buenos Aires, aliados de Inglaterra, enemigos de Estados Unidos. Su política era la neutralidad, mantener alejada a Argentina del "panamericanismo". Por eso la neutralidad contaba con el apoyo decidido de los intereses británicos y estancieros.⁹⁴ En enero de 1942 Argentina chocó violentamente con Estados Unidos en la conferencia de Río de Janeiro, negándose a declarar la guerra al Eje. En consecuencia, Estados Unidos, lejos de complacer un pedido argentino de capital para establecer la industria siderúrgica,⁹⁵ inició la guerra económica contra Argentina, y en marzo de 1942 el gobierno yanqui prohibía la exportación a nuestro país de equipos eléctricos, productos químicos y otros artículos esenciales.⁹⁶ Esto afectaba poco y nada a los estancieros, pero dañaba directamente a la industria. Los industriales contemplaban con nostalgia cómo Brasil y Chile recibían amplia ayuda yanqui para establecer nuevas industrias, y presionaban por el ingreso en la guerra y un acuerdo con el imperialismo yanqui.⁹⁷

¿Por qué lucha la burguesía industrial?

La historia de la industria argentina comprueba casi matemáticamente la afirmación de Trotski de que la burguesía nacional de los países atrasados emerge desde su origen con el apoyo extranjero y cada eslabón en su desarrollo la une más estrechamente al capital financiero internacional, del cual es esencialmente el agente. En consecuencia, ocurre que el sector más poderoso del capitalismo industrial argentino está compuesto por extranjeros

que viven fuera del país y sólo se interesan en el desarrollo nacional para explotarlo.

La primera consecuencia de ese enorme papel del capital extranjero en la industria nacional es que la burguesía industrial, cuanto más crece más se debilita relativamente como clase. A medida que avanza el desarrollo industrial, la burguesía se fortalece en términos absolutos, multiplicando su capital y sus ganancias. Pero paralelamente, a compás de ese desarrollo industrial, aumenta la participación extranjera en la economía del país y aumentan también el número y la concentración del proletariado industrial. La burguesía industrial es un enano que crece entre dos gigantes, y su única salvación contra el gigante proletario es echarse en brazos del gigante imperialista.

En resumen, la burguesía industrial argentina se halla unida al capital internacional por mil lazos de interés económico, y sobre todo por la solidaridad que une a todos los capitalistas contra la clase obrera, cuyas movilizaciones amenazan la propiedad privada de las fábricas, tanto nacionales como extranjeras. Sin embargo, unidad no significa identidad de intereses, y por cierto que entre la burguesía industrial y el imperialismo existen roces y choques. Pero la fuente de estos conflictos no es el deseo de la burguesía industrial de liquidar el control imperialista sobre la economía argentina, sino su empeño en levantar murallas aduaneras contra la competencia extranjera. Es decir, la burguesía argentina, junto con los consorcios internacionales que han invertido capital en la industria argentina, se enfrenta a los industriales imperialistas que insisten en exportar no capitales, sino mercancías que compiten con la industria local. Su lucha antiimperialista jamás pasó de ahí.

¿Qué proponían los industriales a lo largo de la historia argentina desde 1890 hasta hoy? La respuesta de Rodolfo Puiggrós, historiador seducido por la burguesía industrial, es extremadamente reveladora. "Los industriales proponían —dice— el aumento de los aforos aduaneros". O sea que, como Juan B. Justo, aunque en sentido inverso, eran revolucionarios de la tarifa de avalúos. Lo sorprendente es que el mismo Puiggrós habla del "fuego revolucionario" de la burguesía argentina. Lo único que semejante fuego podía quemar eran las cuentas de los importadores y de los contrabandistas, que fueron siempre y son todavía los enemigos jurados de la industria local. Pero las arremetidas de la burguesía industrial contra la ley de aduanas revelan justamente su absoluta carencia de impulsos revolucionarios. Porque en un país

aplastado por el latifundio y el capital imperialista una clase que limita su actividad a presionar en pro de mayor protección aduanera revela no ser otra cosa que una asociada de los latifundistas y del imperialismo.

¿Cuál es la posición de los industriales ante las tareas del desarrollo nacional?

¿Es la burguesía argentina una clase absolutamente contrarrevolucionaria? Tal es la pregunta que atormenta a Puiggrós, quien la contesta negativamente. Pero la historia contesta que sí, que es, y no puede dejar de ser una clase contrarrevolucionaria. A partir de la revolución alemana de 1848 la historia comprueba en todo el mundo que allí donde aparece una clase obrera moderna, que sale a la calle a defender sus intereses de clase, la burguesía abandona cualquier reivindicación revolucionaria que pudiera abrigar y se pasa al campo de la contrarrevolución monárquica, zarista o imperialista. Comentando la revolución española de 1856, Marx lo explicaba así:

De una parte está la industria y el comercio modernos, cuyos jefes naturales sienten aversión por el despotismo militar; por otra parte, cuando empieza la lucha contra este mismo despotismo, entran en combate los obreros, que reclaman su parte del resultado de la victoria. Atemorizada de las consecuencias de una alianza así impuesta en contra de sus deseos, la burguesía se repliega nuevamente bajo las baterías del despotismo.

Aquí, en Argentina, es la propia burguesía nacional quien se encarga de demostrar que, desde el punto de vista de su posición ante la misión histórica revolucionaria de la nación, o sea expulsar al imperialismo y liquidar a los terratenientes, ella es una clase *contrarrevolucionaria y antinacional*, ya que está en contra de esas tareas. ¿Acaso los intereses de la burguesía industrial la impulsan a realizar, o le permiten tolerar, la expropiación de los terratenientes y del imperialismo? No, y por eso es una clase contrarrevolucionaria y antinacional. Sus capitales están demasiado vinculados al latifundio y al capital extranjero. Y, además, la burguesía industrial es bastante realista para comprender que una lucha seria contra el imperialismo exige una acción tan vigorosa de las masas revolucionarias que ella sería la primera amenazada. Los escarceos de Perón contra Braden le costaron a la burguesía

industrial diez años de prepotencia de la burocracia sindical en las fábricas. Una lucha efectiva contra el imperialismo desembocaría en la dictadura obrera, y basta esta perspectiva, por si no hubiera otros motivos, para colocar a la burguesía en el campo imperialista.

Es evidente que el hecho de que la burguesía nacional sea una clase contrarrevolucionaria desde el punto de vista de la realización de las grandes tareas de la nación no significa que no tenga roces y encontronazos con el imperialismo, llegando incluso a buscar el apoyo de las masas trabajadoras. Pero en estos casos la burguesía no se propone liquidar al imperialismo sino llegar a un acuerdo más provechoso con él. De modo que la lucha antimperialista de la burguesía nacional tiene un carácter ficticio y es en esencia la lucha del competidor más débil contra el gran trust de quien necesita.

En verdad, Argentina no puede salir del estancamiento sino mediante la estricta planificación de la economía. Pero, por supuesto, sólo un Estado Obrero puede sentar las bases sociales de la planificación. De modo que la toma del poder político por la clase obrera —respaldada en los peones y chacareros— viene a resultar una exigencia imperiosa del desarrollo nacional. No hay otra alternativa, excepto seguir vegetando como país atrasado y semicolonial. Ningún sector de la burguesía sacará a la Argentina de esta situación, porque toda la burguesía nacional hunde las raíces de sus ganancias en el latifundio, en el atraso y en la explotación imperialista.

Aguardar que la burguesía nacional saque al país del atraso para recién después llamar a la clase obrera a la conquista del poder no es apoyar el desarrollo nacional sino renunciar a él, ya que aparte del proletariado no hay ninguna otra clase capaz de realizar esa tarea. En estas condiciones, hablar de “revolución democrático-burguesa” o de “revolución nacional” es caminar en el vacío o engañarse conscientemente.

Desde el momento en que objetivos democráticos o nacionales (tales como la expropiación de los terratenientes y del capital extranjero) sólo pueden ser realizados por la clase obrera apoderada del poder, la revolución, si ha de triunfar, debe ser obrera. Y sus métodos, tales como la planificación de la economía y el armamento de los trabajadores, serán métodos socialistas. Democrática y nacional por sus objetivos inmediatos, obrera y socialista por sus métodos y por la clase que la realiza, la revolución argentina, como la de todos los países atrasados, tendrá un carácter *permanente*. Su

propósito inicial será expropiar a los terratenientes y al capital imperialista, colocar las grandes empresas en manos del Estado Obrero y comenzar la planificación de la economía, con lo cual se iniciará también — a un ritmo que las circunstancias nacionales e internacionales indicarán — la edificación del socialismo.

Pero todo eso significa, concretamente, gobierno de los obreros, peones y chacareros. Estas siete palabras encierran todas las posibilidades de un desarrollo nacional.

NOTAS

1. *Iskra*, 17 de marzo, 1905. Citado por Isaac Deutscher, *The Prophet Armed*, Londres, 1954, pág. 119.
2. Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, cit., pág. 428.
3. Felix Weil, *The Argentine Riddle*, cit., pág. 260.
4. Karl Marx, *El capital*, México, Fondo de Cultura Económica, tomo I, vol. 2, pág. 707.
5. Felix Weil, *The Argentine Riddle*, cit., pág. 261.
6. Gino Germani, *Estructura social de la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955, pág. 181.
7. Karl Marx, *El capital*, cit., tomo I, vol. 2, pág. 369; E. J. Hamilton, *El florecimiento del capitalismo*, Madrid, 1948, págs. 19 y 46.
8. J. Kirkland, *Historia económica de Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947, pág. 329.
9. Rudolf Hilferding, *El capital financiero*, cit., pág. 342.
10. Adolfo Dorfman, *Historia de la industria argentina*.
11. José Luis de Imaz, *La clase alta de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1962, págs. 20-21, 23 y 40.
12. *Diario de sesiones* de la Cámara de Diputados de la Provincia, 8 de julio, pág. 942.
13. Oscar Alende, Declaración ante representantes de la prensa extranjera, 10 de setiembre, 1959.
14. Carl C. Taylor, *Rural Life in Argentine*, cit., pág. 202.
15. *Idem*, pág. 267.
16. *Revista de Economía Argentina*, setiembre, 1943.
17. V. I. Lenin, *La Revolución de 1905*, cit., pág. 135.
18. *La Nación*, 26 de febrero, 1957.
19. *Harvard Business Review*, julio, 1950.
20. *Veritas*, 15 de abril, 1956.
21. *Economía y Finanzas*, 23 de diciembre, 1954.
22. Gerardo Lasalle "Productividad como responsabilidad del ingeniero", en *La Ingeniería*, setiembre 1962, febrero 1963, núm. 984, pág. 38.

23. Raúl Prebisch, *Hacia una dinámica del desarrollo económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, pág. 57.
24. Adolfo Dorfman, *La intervención del Estado...*, cit., pág. 167.
25. *La Nación*, 1 de noviembre, 1956.
26. Federación Argentina de Industrias Metalúrgicas, *Memoria 1955*.
27. *La Nación*, 30 de abril, 1957.
28. Véanse *Primera Plana*, febrero, 1963 y *CGE 200 Millones*, junio, 1963.
29. Comisión Honoraria de Reactivación Industrial, *Informe...*, cit., págs. 6, 12 y 13.
30. *Primera Plana*, 19 de febrero, 1963, pág. 56.
31. Comisión Honoraria de Reactivación Industrial, *Informe...*, cit., pág. 23.
32. *Idem*, pág. 35.
33. Raúl Prebisch, *Hacia una dinámica...*, cit., págs. 56-58.
34. Masao Sakisaka, *Desarrollo de la economía japonesa después de la segunda guerra mundial*, Japón, Ministerio de Asuntos Extranjeros, 1963.
35. *Anales de la Sociedad Rural Argentina*, 1871, pág. 128.
36. *Idem*, 1899, pág. 157.
37. *Anales de la Unión Industrial Argentina*, enero, 1900, pág. 1.
38. *Idem*, 1933, pág. 29.
39. *Tribuna Libre*, 27 de julio, 1933.
40. *La Prensa*, 16, 19 y 23 de junio, 1945.
41. *Boletín de la Confederación Económica Argentina*, 9 de diciembre, 1949.
42. Jorge Abelardo Ramos, Prólogo a *El porvenir de América Latina*, de Manuel Ugarte, cit.
43. *La Nación*, 14 de octubre, 1933.
44. *Noticias Gráficas*, 2 de julio, 1933.
45. Jorge Abelardo Ramos, *América Latina. Un país*, Buenos Aires, 1949, pág. 152.
46. *Revista de la Unión Industrial Argentina*, diciembre, 1933.
47. *Idem*, junio, 1937.
48. José Luis de Imaz, *La clase alta...* cit., pág. 3.
49. *Idem*, pág. 64.
50. *Ibidem*.
51. *Ibidem*.
52. *Ibidem*.
53. José Luis de Imaz, op. cit., pág. 70.
54. Arturo Frondizi, *Petróleo y política*, Buenos Aires, Raigal, 1954, pág. LV.
55. Manuel Chueco, *Los pioneros de la industria nacional*, Buenos Aires, 1896.
56. US Department of Commerce, *Commerce Reports*, octubre, 1950.
57. *Clarín*, 13 de noviembre, 1950.
58. Américo Guerrero, *La industria argentina*, Buenos Aires, 1944.
59. Adolfo Dorfman, *Evolución industrial argentina*, cit., págs. 300-301.
60. Felix Weil, *The Argentine Riddle*, cit., págs. 127, 131, 149.
61. *Boletín Oficial*, 30 de marzo, 1963.
62. Datos de un trabajo inédito de Víctor Testa. Los datos referentes a ventas de las sociedades anónimas industriales fueron extraídos de *Estadística de Sociedades Anónimas*, publicada por la Dirección Nacional de Estadística en enero, de 1963. La información sobre las empresas norteamericanas se obtuvo de la revista

Comments, órgano de la Cámara de Comercio Norteamericana en Argentina, abril, 1961.

63. Stockings y Watkins, *Cartels in Action*, Nueva York, 1947, págs. 460-463.
64. *La Nación*, 3 de enero, 1956.
65. Berle y Means, *The Modern Corporation*, Nueva York, 1934, pág. 33.
66. White, *La industria latinoamericana*, México, 1946, pág. 95.
67. Adolfo Dorfman, *Evolución industrial argentina*, cit., págs. 245-271.
68. Berle y Means, *The Modern...* cit., pág. 70.
69. US Senate, *Economic and Political Aspects of International Cartels*, pág. 8.
70. *Idem*, pág. 22.
71. Hal B. Leary, *The US in the World Economy*, Washington, 1943, pág. 20.
72. The President's Materials Policy Commission, *Resources for Freedom*, Washington, 1952, vol. 1, pág. 65.
73. *Business Week*, 20 de noviembre, 1954.
74. *Monthly Journal* of the British Chamber of Commerce in the Argentine Republic, 30 de setiembre, 1942.
75. *Mensaje*, revista de la Asociación Argentina de Agencias de Publicidad, julio, 1954, pág. 17.
76. República Argentina, Cámara de Diputados de la Nación, *Diario de Sesiones*, 24 y 25 de junio, 1948.
77. J. C. Esteban, *Imperialismo y desarrollo económico*, Buenos Aires, 1961, pág. 174.
78. *Idem*, pág. 193.
79. Arturo Frondizi, *Petróleo y política*, cit., pág. 38; Jorge Abelardo Ramos, *América Latina...*, cit., pág. 147.
80. Citado por Carlos Ibarguren en *La historia que he vivido*, pág. 494.
81. *La Nación*, 9 de agosto, 1966.
82. *Qué*, 2 y 23 de octubre de 1956.
83. *Survey of Current Business*, diciembre, 1952.
84. US News and World Report, 11 de febrero y 19 de agosto, 1949.
85. *Anales de la Unión Industrial Argentina*, enero, 1912.
86. Federico Pinedo, *La Argentina en la vorágine*, Buenos Aires, 1943, págs. 45-48.
87. John Gunther, *El drama de América latina*, pág. 308.
88. Federico Pinedo, *En tiempos de la República*, cit., tomo I, pág. 193.
89. Federico Pinedo, *La Argentina...*, cit., pág. 99.
90. National Research Council, *Tour of Industrial Exploration. South America*, 1941, pág. 58.
91. John W. White, *Argentina*, Nueva York, 1942, pág. 310.
92. Fisk y Rennie, *Argentina in Crisis, Foreign Policy Reports*, 1 de mayo, 1944.
93. Felix Weil, *The Argentine Riddle*, cit., págs. 195 y 220.
94. *Idem*, pág. 23, y sir David Kelly, *The Ruling Few*, Londres, Hollis and Carter, 1952, pág. 287.

95. Enrique Ruiz Guinazú, *La política argentina y el futuro de América*, Buenos Aires, Librería Huemul, 1944, pág. 21.
96. *New York Times*, 28 de marzo, 1942.
97. Véanse las declaraciones de Torcuato Di Tella en *La Nación*, 6 de mayo, 1943.